

SEGUNDA PARTE:

Y seguimos rodando

Capítulo 5. Almería 2: Las Cuevas Duimovich

[TEXTOS V]

No somos nosotros quienes somos una continuidad. Evidentemente nada lo es. Lo que sucede es que pensamos en continuidades. Los que cada mañana se despiertan como una entidad bien diferente del tipo que se acostó a dormir se preguntarán con caras largas si son eternos o no, o si tal vez no serán transitorios por naturaleza; cuando desde luego todavía *son* y admiten saber que no son la misma persona que eran anoche o hace veinte años. Bueno, pues ahí tenéis vuestra aguda y tajante respuesta: somos un proceso que no muestra síntomas ni indicación de cortarse nunca. [...] Habrá de venir un tiempo en que ya no quede nada de lo anterior, habiendo ido desplazándose por grados imperceptibles a otra confrontación totalmente distinta. [...] La progresión de pequeños pasos o incrementos que se van acumulando en una dirección, ha de acabar en un salto y desplazamiento cualitativo, el cual tenía que venir, pues como le dijo Hegel a la camarera: —Se retrasó pues. —El agua ya hierve, el Tío Sam devalúa, Fred es nombrado director, Myrna consigue el divorcio. A Waldenstone por fin lo votan Señor Dios Todopoderoso.

Mi plataforma incluirá el que nazcan diez hembras por cada varón —para cada varón, naturalmente. No nos pasemos con el asunto. Y muchas otras golosinas. El eslogan: que mientras el comunismo no pueda instalarse mediante procedimientos democráticos, el Comunismo es el Infierno. Vote a Waldenstone y gane el paraíso con su método demográfico. Así cada marido tendrá cuatro o cinco fuera trabajando, un par de ellas trayendo bebés, y el balance por toda la casa. Prometo también que la lluvia caerá sólo sobre las patatas, y no dejar ninguna plegaria sin oír ni arrumbada en el casillero. Por muy bienintencionada que empezara la presente administración, se han instalado excesivamente en el poder, y se han relajado en demasía, cediendo al derrotismo y a la inercia. Ahora los que acaparan todas las franquicias se encuentran desesperados, con un cambio largamente retrasado. Vote pues, por la competencia allá arriba, y un vigor

renovado abajo. Vote por Waldenstone.

* * * * *

Autóctona forma de llamar a la calle, a base de fijarle el étimo troglodita justo delante, y sin preposición. Es opinión que el nombre le viene del apellido de algún oficial de rango de alguna guerra. La calle arranca, en la zona del Quemadero, de una plazoleta, y sube casi derecho hacia las Lomas de San Cristóbal, terminando en unas escalerillas con rellano de cuevas y una abrupta pared calcárea vertical coronada de pencas chumberas eternamente colgantes y llenas de polvo. Estas cuevas, y las de un patiecillo adyacente, y otras a la izquierda por un caminillo que asciende, entre peñascos, hasta la espalda de las murallas moras, eran las únicas cuevas de verdad; la calle en sí no las tenía, sino que estaba hecha de hileras de casas adosadas de una planta. Con todo, la gente siempre decía “Las Cuevas Duimovich” o “Cuevas Moví”. Una vieja foto en una tienda largamente desaparecida mostraba la misma calle cuando la parte izquierda del tramo superior no era más que una tapia. Aparte de ese detalle (unas diez casas añadidas) la calle seguía intacta, tal y como debió de ser a principios de siglo, si acaso más deteriorada. Para llegar a esta calle había que subir por la zona de la parada de taxis, a la izquierda de la Puerta de Purchena y cerca de la Calle de las Tiendas, donde aún existen dos café-quioscos, y subir por el hotel La Perla. Tengo entendido que Almería está cambiando muchos nombres con la democracia y otros movimientos sociales. A lo mejor ahora tiene nombre de mujer, o incluso, según vaya el trazado de una nueva carretera de circunvalación, esté total o parcialmente echada abajo. De todas formas la calle en sí no importa, pues el fenómeno que se daba en ésta sin duda ocurría por doquier en Almería, como en el resto de Andalucía. El caso es que era puente entre civilización y barbarie, o para ser justos, entre una civilización y otra muy diferente, más parecida a la pintada por los románticos franceses e ingleses de hace ciento ochenta años.

La calle en sí era horrenda. Las caras pobres nos contemplaban descaradas cual si fuéramos seres venidos de otro planeta. Pobreza extrema, chiquillos andrajosos, o aun desnudos, por doquier, chillidos estridentes de madres brutas llamando a sus bestezuelas. Gatos, perros famélicos, polvo, barro, fachadas blanqueadas, o desblanqueadas las más, marcos baratos de marrones, azules, verdes, tonos rojizos alrededor de la puerta y de la única ventana de cada casa. Trancos rotos, terrazas de gallineros, palomares, conejeras... ropa tendida al sol, un sol implacable y eterno que no dejaba nada verde vivir, salvo las pencas arriba, con sus rojos, morados chumbos, ¡hasta ellas se agrisaban! Inclemente sol hambriento que se comía los colores del blanqueado, y de las ropas, que chupaba los rostros y los cuellos de los habitantes y los dejaba arrugados como las pasas.

La calzada o suelo tenía aceras a trechos, o digamos intentonas de aceras. Asfaltado, ninguno, ¡por Dios... ! ¿la calle Duimovich? Nivelado pésimo, todo bultos de lascas enterradas junto a hondos boquetes, trechos embarrados —mojados o secos—, cagaletas de perro, de burro y de crío, hedor abrumador, aunque a veces —¡aleluya!— se suavizaba, ya fuera porque se acostumbraba uno, o ¡fenómeno insólito! porque llovía. ¿Y la causa del hedor? Pues simplemente porque no había alcantarillado. La gente trataba al máximo de ahorrarse el dinero y las molestias aplazando hasta lo indecible la venida del camión cisterna que les vaciaba el pozo negro que todas las casas tenían en el minúsculo patio trasero, vaciado que se realizaba un poco pasada la medianoche y con cruel frecuencia. Estos pozos negros eran de dos metros y pico de profundidad como mucho, y de greda impermeable, cuando no te tocaba una roca allá abajo, y más impermeabilizada estaba aún por la capa de podredumbre acumulada. Y como —por suerte o desgracia— grifería y agua corriente sí había, todas las aguas de desecho, de cualquier uso (normalmente de lavar la ropa o fregar los suelos, pero no siempre) salían lanzadas a la calle a cubazos. Ocasionalmente los cubos contenían aguas casi limpias procedentes del enjuague de las verduras o algo así, y las vecinas, siempre las mujeres, se ponían con mano experta a salpicar estas aguas en

semicírculo alrededor de su puerta para asentar el polvo y refrescar el ambiente de su entrada. También, claro, hacía la señora acto de presencia, hacendosa ella a más no poder, no como otras, y demostraba que no tenía nada que esconder. ¡Miradme y que sepáis que en mi casa no hay guarrerías! Cuando un vecino excesivamente vecino, harto de dar largas y de tener que alcanzar su retrete chapoteando en la mierda —con perdón— se veía obligado llamar a que le vaciaran el pozo, los demás generalmente estaban sobre aviso para oportunamente clausurar puertas y ventanas, y nosotros, si teníamos la suerte de enterarnos, para apuntarnos a una pensión. Cuando no...

Nuestra nueva calle tenía pues un río, un río angosto y arriscado en algunos puntos, o amplio, de marisma en otros; en ciertos lugares bajaba serpenteando, cavando surcos, reto de bicicletas y de motos incluso a plena luz del día. De noche amenazaba la integridad física de todos, incluso los que subieran sobrios, que los había.

Entre los eventos consuetudinarios que acontecían en esta rúa se incluían por aquellos días un par de muertes por tisis y no pocas de cirrosis, una de las cuales le pasó a una cercana amistad de María. La pobre no contaría con más de cuarenta años y era una solterona; su único compañero fiel: el anís. Esta calle sin duda me vacunó de por vida de miríadas de infecciones, incluida la tuberculosis, a la prueba de la cual siempre he dado positivo, pero que es pura inmunidad según yo lo veo.

Decían, en fin, que si España era el culo del mundo y Almería el culo de España —en todos los sentidos por aquel entonces, no sólo por estar donde está—, que la calle Duimovich era el *equaricual* de Almería.

Existían, tal y como cuenta Gerald Brenan acerca de las aldeas alpujarreñas, la calle Duimovich alta y la baja, aunque aquí nuestra calle tenía el honor de contar más bien con tres niveles, con desplazamientos de categoría —y más excepcionalmente de personal— casi imperceptibles entre sí: la parte baja hasta la transversal derecha, de escaleras que llevaban a las Lomas, con gentes “pobres pero honradas”, orgullosas de su puesto en la vida;

la medio-alta, desde ese punto, o acaso desde otra calle transversal a la izquierda más ancha, llamada Fausto García, hasta ya casi la puntitica de arriba, con gentes digamos que entre Pinto y Valdemoro; y por fin la de arriba del todo que incluía el recoleto patio lateral derecho y sobre todo las escalerillas que coronaban la calle, albergue de la *crème* de la *crème*, el no-va-más de la miseria humana. Lo bajo arriba y lo más elevado abajo, el mundo al revés, el carro delante del burro y el león durmiendo con la oveja.

A propósito de Brenan; no os puedo recomendar su *Historia literaria de los españoles* aunque consiguieran encontrarla —puro gazpacho de *topoi*—, pero lo que es una auténtica joya es su obra *Al Sur de Granada*. Contiene un interesante capítulo dedicado a Almería, y nos informa en él de que ya en 1925 el barrio de las Perchas almerienses, pegando a la cara noroeste de la Plaza Vieja nada más traspasar los arcos porticados, hervía de actividad profesional en cuanto caía la tarde y las sombras de la noche comenzaban a envolver las destartaladas callejuelas en el misterio y el pavor de lo prohibido. Mi padre, como bien pueden ver, no fue el primero ni será el último guiri entre los clientes percheriles, percherescos o percherones.

La Perlita, la puta perchera favorita de mi padre, mantenía a un chulo canijo, alcohólico y tísico con el que compartía cueva en el patio alto de la calle Duimovich. Este hombrecillo sirvió a O. G. de corredor en la adquisición de una de las casas de la calle, en la zona que, haciendo honor a Dante, pudiéramos llamar purgatorio. Por estos escarpados declives el arroyo recogía sus principales afluentes, convirtiéndose propiamente en río, y precipitábase en diversos saltos y barrancos hacia las laderas, los meandros y la marisma inferiores.

Así fue cómo las Cuevas Duimovich se vieron con tres americanos, y nosotros nos las vimos con ellas. Correrías por las lascas del cerro, bajar por el desmoronado y peligrosísimo muro escalonado que une el Cerro de San Cristóbal con la Alcazaba, subir a las murallas moras, a sus torreones, y sentarse entre las proliferantes cagadas secas y ennegrecidas, hacerlo uno mismo utilizando piedras para limpiarse, investigar cuevas, escalar montes,

agitanarnos jugando a la carteta y a los montones jóvenes payos y calés juntos en buena armonía, con barajas desgastadas y marcadas las más de las veces, heteróclitos cónclaves en que no era raro que asomara la faca, la navaja trapera, cuando quedaba desperrado algún mal jugador, porque llevaba la negra, la mala potra encima, o porque gracias a la torpeza del tramposo que barajaba y daba las cartas se descubría el percal...

¡Eso era vida!

Para prepararnos para el examen de Ingreso, asistimos a la escuela del Ave María en pleno Quemadero, pasado el convento de las Adoratrices y su inmensa, interminable tapia, que no guardaba otra cosa, a lo que se veía, que muchas, muchas chumberas. Esta particular escuela del Ave María —otras habrá magníficas, y hoy día ésta, si existe, estará sin duda libre de pecado—, que nos tocó en suerte conocer, que fue de la mala, y a la que nuestras tiernas mentes y cuerpos jóvenes quedaron expuestos, para mí que se había equivocado de siglo, y sus maestros, si lo eran, de profesión.

Palmetazos de regla —¡y qué reglas, Dios, que no se rompían nunca!— y tirones de oreja. Decían que si te frotabas con ajo la palma de la mano dolía menos, pero ¿qué niño ha tenido nunca la previsión de llevar ajo en el bolsillo? También fuimos forzados ambos hermanos a escribir con la derecha, siendo zurdos, “porque se ve lo que uno escribe”, y porque era lo correcto y basta, coño.

Dios lo quería así.

El libro de lecturas era todo un manual de las doctrinas del Movimiento Nacional. Cada página traía un grabado con el retrato del personaje del día y el texto nos daba sus datos y enumeraba sus hazañas y excelsitudes. Séneca, Viriato, Don Pelayo, El Cid, Guzmán el Bueno, Isabel la Católica, Cisneros... José Antonio Primo de Rivera y Franco. Sí, ya sé, me he saltado a algunos. Si queréis la lista completa os la doy, me la sé entera y vera de carrerilla. Y también os puedo dibujar la cara del sujeto o la sujeta.

Nuestras primeras zongas (novillos) ocurrieron aquí, y no éramos los únicos. En realidad

era deporte popular de todas las escuelas de la zona. Por lo menos así lo veía yo. Nos íbamos allá arriba al cerro a meternos en las cuevas, de techos negros de intemporales fogatas, y nos fumábamos algún cigarro en corrillo, y algunos de los mayorcicos, para rellenar el infinito tiempo libre, jugaban con sus pirindolas. —*Il mono. Il mono è un animale molto ferocissimo chi passa tutta la giornata in continuo battimento della sua pirindola.* ¡Ya se ha vuelto a colar el italiano macarrónico, me cachis en la mar! Y no es que yo tenga nada contra el ínclito hablar del Dante y el Petrarca —ninguno de los cuales, ya que estamos en ello, se hallaba presente en mi libro de lecturas— pero a la sazón yo andaba lejos de dominar esa lengua. El caso es que así lo oí y así lo transcribo.

Siguiendo con cosillas del Movimiento: existe en alguna parte una foto de mi padre a la entrada del pueblo de Pechina en que está entre el suelo y la pared, bocabajo, en una pose como el que ha sufrido una estrepitosa caída; encima de él, en el muro, que se nota ser el de la iglesia del pueblo, se lee en caracteres rojos: Caídos por Dios y por la Patria ¡Presentes! Mucha presencia, la de este señor americano, y qué buenas caídas tenía.

Durante el verano mi padre nos puso un profesor particular borrachín, a veces faltón. No habíamos salido preparados del Ave María —que yo sepa, pocos fueron los llamados a salir—, y vaya porra de verano. Percy, mucho más formado que yo, y con mayor inteligencia natural, aprobó el Ingreso en septiembre, pasando a primero mientras que yo tuve que sufrir otros nueve acuciantes meses dale que te pego a las mismas chuminadas campestres. Quedarme un año detrás de Percy fue sin embargo para mi propio bien, pues ¿quién competía con un lumbreras como él? No mi menda, desde luego.

También tenía Percy malas pulgas de vez en cuando. Estando el maestro aquél dándonos clases en nuestro salón, en un despiste, o más bien, que tras ponernos un problema, y mientras lo resolvíamos, se había ido a tomarse un lingotazo —por aquello de la resaca— en el barecillo que habían abierto en la transversal con Fausto García, yo me puse a hacer el payaso, para no variar. Mi hermano se picó y me picó a mí. Quiero decir que me clavó el

plumín de la plumilla en la pierna cerca de la rodilla. No todo el mundo tiene un lunar azul en el cuerpo, como yo lo tengo.

Recuerdo un día, cipote tontorrón que era yo, que me dejé convencer para rallar, con una cuchilla de afeitar, una bicicleta negra nueva, resplandeciente, de un chaval de la escuela de Percy. El dueño resultó ser —¡oh calamidad de calamidades!— un muchachote macizo y gruñón, como no podía ser de otro modo. Cuando se enteró de quién había sido el culpable de la faena me pilló por banda una mañana, me dio unos buenos meneos, y me quitó los libros y libretas, diciendo que no me los devolvía mientras no le pagara los diez duros de la reparación. Tuve que confesar lo ocurrido a mi padre, pues otra solución no hallaba. Éste, al oír mi historia, se enfureció sobremanera, y gritó que él se hubiera dejado romper todos los huesos del cuerpo antes de ceder a nadie sus libros. *The American Way*, puro estilo Marlon Brando.

Mi padre anduvo enfrascado en diversos proyectos: Se acabó el traer putas a la casa. No sé si por nosotros tres y el buen nombre, o porque ellas quisieran sacarle demasiados cuartos, o por qué razón sería; imagino que continuaría realizando sus actividades allá en las Perchas, *in situ*. Tal vez sintiera la necesidad de un cambio de rumbo.

Había que formalizarse un tanto, convertirse en el *respectable* americano. Esto, en la Ciudad Jardín, no valía la pena. Comenzó la construcción de otro piso encima de la casa. Las casas, largos y delgados cuadriláteros que partían de la calle y llegaban hasta la roca del monte, o hasta alcanzar unos 22 metros a lo más, por la parte de adentro, indefectiblemente disponían de un saloncito, un pasillo con dos o tres cuartos minúsculos —y sin ventanas laterales, puesto que los muros, de piedra y greda, tocaban a las casas adyacentes—, una cocinilla, y un pequeñísimo patio interior (2 metros cuadrados) con una pileta de lavar la ropa, retrete y ducha (exteriores) que estaban cubiertas por una techumbre y unas meras cortinas, y finalmente, macetas y jaulas de canarios y colorines, o bien conejos, a voluntad. Debajo del centro del patio se encontraba el pozo negro. No eran modelos de originalidad ni

estética arquitectónica ciertamente, ni sanos, en cuanto que la luz solar nunca penetraba. Nosotros acabaríamos revolucionando la calle, pues tras la construcción de nuestro piso alto fueron subiendo para arriba otras casas, y el traslado de los tabiques interiores en la planta baja, que antes había sido todo lo que había, abrió nuevas posibilidades de habitabilidad hogareña, como por ejemplo, que al ubicarse arriba los dormitorios, con sus balcones o ventanas, se podía disponer de un comedor al lado de la cocina, y tener además un lavabo interior ¡y con bañera!

También contrató a unos vecinos para que nos excavaran el pozo negro, con el esperanza de llegar a la arena permeable, que se suponía se hallaba a los once o doce metros de profundidad, aunque dudo que llegaran tan abajo, y más dudas guardo de que mi padre bajara al fondo a comprobarlo. No me extrañaría que camuflaran dentro un par de espuelas de arenilla de cualquier lado como evidencia de que habían llegado adonde había que llegar. Lo principal era dejar contento al jefe. ¿Qué él quería arena? pues toma arena. Claro hombre. Ahora teníamos el pozo más profundo, con mucho, de toda la calle.

Y he ahí que al par de años de comprar la casa, coincidiendo con la proliferación de primeros pisos en toda la andadura de la calle, que parecía un bizcocho metido en el horno aquello, nos llegó el alcantarillado. Sería que algún funcionario vio el movimiento y los progresos que allí estaban ocurriendo y consideró que se podía sacar tajada.

Y vinieron paulatinamente a engalanar la calle con sus vistosos colores una media docena de coches, los cuales, al ser más de uno, tenían que aparcar encima de las aceras, pegaditos a las fachadas de las casas, para no estorbarse. Como broche final, la guinda: A los tres años o así de la llegada de los americanos, la Calle de Duimovich recibió su primer asfaltado. ¡Qué barbaridad!

Igual que lo del piso de arriba y el coche ocurrió con el televisor, pues fuimos de los primeros en tener uno, al menos de los primeros que nos codeábamos —y hasta nos identificábamos— con la “chusma”. Parecía eso un cine de barrio, lleno de chiquillos, por

unos meses. Luego, o bien mi padre se hartó de tener tanto jolgorio metido en el salón, o los padres de nuestros numerosos compañerillos tuvieron que ceder al progreso y admitir a los Cartwright de *Bonanza* en el suyo.

Como resulta —no sé si vino en esto primero la gallina o el huevo— que *Daddy* se estaba haciendo “formal” y no se bastaba con mujerzuelas, ni siquiera añadiendo a las criadas —castiza tradición española, según nos asegura Cela— al lote, y es que no hay placer que mil años dure alegrando el corazón, que encima tuvimos que estar una temporada sin tener chacha, teniendo que colaborar los niños en la cocina (ambos somos hoy los cocineros de nuestros respectivos hogares), y además, qué porras, sólo tenía treinta y dos años y era de muy buen ver... pues un buen día nos comunicó su firme propósito de proporcionarnos una madre. Nos propuso “democráticamente” las dos opciones o partidos predominantes, o sea, que fueron en principio unas elecciones bipartidistas: una jovencita de veinte años y muy guapa, María, que vivía con sus padres calle abajo y con la virginidad como plataforma; y una señora viuda de cuatro —¿o eran seis?— hijos, de las escalerillas, en la cumbre. Dos de los hijos de la Angelines, que era como se llamaba la viuda, se contaban entre nuestros mejores amigos, lo cual, a nuestro ver, constituía una plataforma mucho más interesante y convincente que la primera. Una derecha moderada y una extrema izquierda. A nosotros no nos costó nada tomar una decisión: La madre de nuestros amiguillos. Por mucho que nos razonara en contra: los gastos y las limitaciones, que nos impediría viajar a países exóticos, etc., nosotros firmes. Pero él más. En realidad él ya lo tenía decidido desde el principio. Para qué esas charadas o chorradas democráticas. Ni teníamos edad para discernir ni vivíamos bajo una democracia. La virgen había de ser. ¡Faltaría *plus!*

Él se solía sentar totalmente embobado y animado por algo de vinillo en algún tranco de la calle, como quien se toma un descanso al subir la cuesta, cerca de la casa de donde María tenía que salir, o volver, a determinadas horas del día. Empezó a lucir sus chaquetas claras,

auténticas americanas recién salidas de la tintorería. Incluso en verano. Las cosas que hace el amor.

Conoció al padre de la chica, y llegaría a ser, con el tiempo, buen amigo y compañero de pesca suyo. Pero antes ya corría la voz de que el americano andaba tras ella. Esas cosas no se les ocultan a nadie, y menos en esos ambientes.

Al padre de María lo apodaban el Árabe, sin ninguna base en la realidad, como no fuera por razones que se remontaran a la reconquista, pues provenía de Alhama, villa eminentemente morisca. Otra posible razón es que a veces vendía cosillas de oro que o bien se encontraba de madrugada, pues limpiabotas era de oficio y condición y la primera persona en apostarse ante el Café Goya en el Paseo cada mañana, o bien provenían de Melilla, donde sabemos que el oro es más barato. También disponía de cuando en cuando, para vender a sus amigos y enchufados, de cajetillas de tabaco americano e inglés, faltos del sello de tasas del gobierno.

A la niña los padres siempre la llamaron “Nena”. Todo el mundo tenía motes por aquel entonces, y cuando no, le adjuntaban el nombre de la madre: Pepe el de la Encarna, Antonio el de Amalia. Algunas malas lenguas nos dijeron que a María la apodaban “la Negra”, por eso de tener la tez tan oscura, pero nunca hay que fiarse de lo que puedan decir esas lenguas, que a lo mejor los rumores los hicieron correr nuestros dos despechados amigos, que tenían razones de más para ponerla negra, y además, ella siempre lo negó y a mí me basta con eso y no se hable más.

La madre de Nena era una santa. La pobre tenía que aguantar a un marido que venía ajumado todos los días del año y no le comía el almuerzo. La única posible mácula de la mujer del Árabe era aquello de ponerse los muslos morados con ambas manos en sus griteríos callejeros con las vecinas: “¿*Micobrios* yo?, ¡yo no tengo *micobrios*! ¡Los tendrás tú, so guarra!”... Aunque aquellos teóricos moretones no hubo alma que jamás se las viera. El matrimonio amaba tiernamente a su hija, y andaban algo dislocados de que ella estuviera

saliendo, después de sus tareas de costura, con un medio-moro de raíces marroquíes, aunque nacido en Almería.

Que Nena tenía que casarse con el americano, eso no cabía dudarlo. Y aquellas pobres criaturas, sin madre, ¿no te dan lástima, chiquilla? Además ese señor extranjero, tan alto y guapo y tan caballero, ¿dónde vas a comparar, hija mía? ¡Vamos, hombre, vamos! ¿Quién lo puede resistir? Y si dicen cosas raras es mentira y ya no lo hace y mira qué formal y educado que es... ¿Mareado? a veces, y quién no, en su situación, soltero, viudo, ¿qué va a hacer, si se aburre y se atosiga el pobre angelito? En cuanto se case ése sienta la cabeza...

Yo nunca estuve dentro de la cabeza de nadie, como nunca pude estar en la de aquella jovencita, pero las perspectivas debieron estar bastante claras, y al moro, aunque le hiciera tilín, quién se fiaba de ellos, sobre todo en lo que toca a fidelidad eterna. A la porra el Alí Babá ese. A lo mejor este señor Oly o como se llame me lleva a América.

—Que sí, papá, que sí. Pero, ¿y si no me quiere?

—¿Pero no estás viendo, chiquilla, que se le cae la baba por ti?

Total, que a los tres meses se celebraba la mayor boda en años en Almería, según cuenta con regocijo María, la Nena.

Pero del dicho al hecho hubo un trecho. El americano se topó con la Iglesia. Viudo era, sí, pero con divorcio por medio, y esto, por si era poco, por triplicado. Los papeleos y entrevistas con los eclesiásticos fueron interminables. ¿Y qué diré de las largas esperas en lóbregos corredores? Además, no se sabía a ciencia cierta si era el obispo de Almería, o el arzobispo de Granada, o el mismísimo Papa, quien debía autorizarlo. Creo que fue el del medio, como suele acontecer. Lo primero fue bautizarnos los tres: Ángel, Francisco y Juan. A la semana del bautizo los niños, al menos, tomamos nuestra Primera Comunión, en la capilla del Ave María, con otros chaveas canijos de siete años. Mi hermano le llevaba dos palmos a los con-comulgantes, y a mí a causa del calor, el gentío, y el botón del cuello y la pajarita que llevaba, me dio una vomitera. Era el mes de mayo y mi hermano escogió

Francisco, de un desconocido Francisco del santoral que apareció de chiripa en uno de los calendarios, pero muy cercano a la fecha de marras, por aquello de que ahora íbamos a recibir también regalos en el Día del Santo. ¡Qué chulo! No fue nuestro primer bautizo sino el segundo, pero como habíamos sido hasta entonces *presbiterianos*, lo cual era griego para los curas de la localidad, pues toma... nueva agua bendita por si las moscas. Y todos nuestros pecadillos acumulados quedaron borrados de golpe y porrazo.

He mencionado más arriba que anoche estuve en Internet, aprendiendo cosas de mí mismo. Es asombroso lo que uno puede encontrar allí. Ahora resulta que de presbiterianos nada: los Waldenstone hemos sido todos luteranos de toda la vida; así que mi padre nos tenía engañados a todos. No es que me importe, pero *presbiteriano* precisamente, con eso de la predestinación y todo eso... pues no me cuadra. El motivo de la tergiversación lo he averiguado releyendo sus manuscritos: Él apostaba por que un nuevo bautismo *en cierto modo* contaría para borrarle no sólo los anteriores pecados, sino mismamente sus tres casamientos, habidos “fuera del cuerpo de los creyentes”. El luteranismo era hartito conocido y cercano en exceso a las doctrinas de la Iglesia Católica, y un segundo bautismo no procedería. ¿Qué cómo averiguó él que la otra secta tendría tanto mérito y consideración como para justificar el agua bendita y así borrarla de nuestro ser? Lo desconozco. Lo que sí es seguro es que él insistió en atravesar el trance de la pileta para tener una firme y sacrosanta baza a su favor.

El cabildo catedralicio, u obispal, que de eso entiendo poco yo, aún denegaba a mi padre el beneplácito para casarse por la iglesia con una joven almeriense. Él, de angelito tornado ya Ángel pleno, llevó a cabo un auténtico *show* de conversión religiosa... un santurrón vamos, lleno de fe viva y amor a Jesucristo y sobre todo a la Virgen María Santísima, y probablemente al santo favorito de la parroquia correspondiente, que era el de Santiago, en la Calle de las Tiendas.

Todo para nada. Al final, desesperado, echó mano al drástico recurso —lo que él llama

su “doble chantaje” a la iglesia— de amenazar con llevársela y perderla de todas formas, sin la bendición eclesiástica. O sea, que se llevaría a aquella cristiana al mismísimo infierno con él. Una farolada, sin duda.

Obtuvo el permiso.

Como dije arriba, la boda fue muy concurrida. Nena afirma y pregona que como la boda se celebraba a las 9:30 de la mañana “las tiendas ese día abrieron más tarde en Almería”. Si este libro lo estuviera escribiendo María ahora seguirían dos capítulos para la ocasión. A mí nunca me entusiasmaron los follones donde hay mucha gente, y si son bodas, tanto menos. Una cosa que sí recuerdo es que a Percy y a mí nos tocó ir detrás aguantando la cola de la novia. ¡Las cosas que tiene uno que aguantar! Vaya pejiquera.

Ellos se fueron a Granada para tres días, que fue lo que creo que tardó en consumarse el matrimonio. Ella, nunca instruida en esos quehaceres, y viniendo de una familia tan sin *micobrios*, estaba asustadísima; y mi padre debió, como imagino, impresionarla, y no necesariamente del modo más deseable. Alguna vez un pajarito me confesó que la consumación requirió un tantito de músculos.

Retornados a Almería, nos fuimos los cuatro a la verdadera Luna de Miel, a las Islas Canarias, y en concreto a Santa Cruz de Tenerife y el Puerto de la Cruz, con el Teide de fondo. Tres maravillosos meses, yo creo, de verdad, que más para los peques que para los grandes, como está mandado.

—El océano por todos lados y nosotros en una piscina —refunfuñaba O. G. Claro que la playa no era tal playa, sino una larga extensión de rocas negras aplanadas, llenas de afiladas aristas. Una fotógrafa pidió permiso a mis padres —¡mis padres, en plural... ahí es nada!— para llevarnos a aquellas rocas volcánicas a sacarnos fotos, permiso que le fue concedido. Dos pequeños e inocentes turistas rubios en bañador, Percy y Erik.

La travesía, tanto de ida como de vuelta, fue en crucero, naturalmente.

Al final se acabó para nosotros el paraíso de los plátanos a 50 céntimos la unidad. A

Percy le chiflaban, y nunca se hartaba de comerlos el muy galgo. Vuelta a Almería. Ellos a consolidar el matrimonio y nosotros a la escuela.

Pero no por mucho tiempo.

Un nuevo proyecto fue tomando forma, con sus nada simples preparativos. Me imagino a Nena deseando que nos largáramos cuanto antes de la calle Duimovich, tal vez a instalarnos en algún paraje más acorde con nuestro status (?). Mi padre iba a satisfacer sus deseos, pero a su estilo. Haríamos un largo —e impredecible— viaje a uno de esos prometidos lugares exóticos: ¡La India!

María dejaba atrás la calle y toda la miseria que para ella representaba, a pesar de tener allí a sus padres. Pero ellos se alegraban por ella.

Tampoco tenía ella la más remota idea de cómo era la India... —Si el Dómund hace campañas contra el hambre en la India, en todas partes hay pobres, ¿no? Esa no es la India a la que mi esposo nos quiere llevar; y de todos modos, si es allí donde se le ha metido que vayamos, pues qué le vamos a hacer, habrá que hacerle caso y “seguirle y obedecerle en lo bueno y en lo malo, la salud y la alegría...”

Capítulo 6. A Bombay con el guirigay

[TEXTOS VI]

Supongo que el matrimonio es igual que cualquier otra cosa, sólo que peor.

— — —

We may be partly mind! [Puede que seamos en parte mente!]

— — —

Algunos de nuestros problemas nacieron hace siglos con Sócrates, quien arrastra un peso muy poco sano para su edad. Nunca lo enterramos lo suficientemente hondo ni con la estaca y el ajo de rigor.

— — —

...si bien es verdad que las ideas pueden ser erróneas, jamás podrán ser totalmente correctas.

— — —

Qué gran lección para que reflexionemos sobre la confusa y apocalíptica (sí, ya lo sé, pero *me gusta* esa palabra) reunión entre Confucio y Lao Tzu. Tal y como me llegó a mí, tras los saludos rituales de rigor y diez días de meditación mutua silenciosa, el viejo Lao musita, —Al principio me repateaba ver cómo no hacían más que pedir respuestas y reglas. ¡Nunca les di ni una sola! —y así, después de un período de contemplación adecuado, uno o dos meses, el Llameante Dragón replica, —Sí, sí. Tenemos eso. Yo busqué y a continuación apliqué el exacto, idéntico método. Les di 85.000 preciosas reglas.

* * * * *

Terminamos el anterior capítulo anunciando que estaba mi padre haciendo los preparativos para el largo viaje a la India. Éstos consistían ante todo en tomar el *ferry* de la Transmediterránea a Melilla un par de veces, para comprar prismáticos, mini-transistores, algunos relojes, y oro, mucho oro. Había que costearse el viaje.

Nuestro voluminoso equipaje, que incluía dos baúles, quedó embalado. Viajaríamos sin pasaje de retorno.

Nos embarcamos, en Gibraltar, en un transatlántico de la Lloyd's, de cuyo nombre no logro acordarme.

Pero antes hay ciertos detalles que simplemente no se pueden quedar en el tintero.

En Gibraltar tuvimos detenida ocasión de admirarnos y reírnos de las cosas de los británicos. Máquinas expendedoras de pintas de leche fresca en las calles, doce peniques un chelín, qué lío, y qué gordos que eran —los peniques, no los gibraltareños, que por lo general eran espigadotes—, si hasta se parecían a las monedas de diez reales. Los *Constables* con sus estrambóticos gorros. Todo tan limpito y ordenado. Los coches por la izquierda. Los letreros en inglés. Nos alojamos, no en una pensión, sino en el hogar de una señora cuyos hijos habían emigrado al norte y el marido acaso más arriba, al más allá. Los muebles de los cuartos contenían aún toda clase de enseres, baratijas y cachivaches, entre los cuales tomamos alguna menudencia como recuerdo. No me extrañaría que María también. Percy y yo ya éramos coleccionistas de sellos y de monedas, y todas estas cosas nuevas e internacionales eran para nosotros algo muy diferente de la siempre igual calle Duimovich de Almería.

María, la Nena, nuestra recién adquirida mamá, la veíamos como una hermosa joven andaluza. Metro y medio, estupendamente proporcionada (a lo *petite*, claro), nariz larga,

recta pero con ligero arco y partiendo de la frente; ésta no tenía entradas sino al revés. Boca perfecta, labios oscuros, ojos grandes con maquillaje negro natural alrededor. Hoy día se le marcan las ojeras, el precio de una belleza juvenil cautivadora, amén de lo sufrido. Si por fuera no era exageradamente excepcional, al menos para un crío como yo, por dentro era un hervidero de emociones, sentimientos y pasiones, con un decidido espacio vital muy íntimo e inaccesible. Una Leo, que cuando se le antojaba algo había que lograrlo a cualquier precio.

Con los años afloraría en ella una virtud latente desde la infancia: la clarividencia. En años no muy lejanos solucionó, mediante este don, los problemas de miles —no exagero— de personas, que venían a visitarla desde Madrid, Valencia, y hasta del extranjero para que ella les leyera las cartas. Las cartas, decía, eran sólo un medio físico para confirmar lo que ella ya veía aquí, y se señalaba la pequeña frente.

El día que se organizó la fiesta en casa para anunciar el compromiso, mi padre y María lo arreglaron de forma que en medio del guateque ella pudiera pasar adentro, al comedor, para estar a solas un ratito con Percy y conmigo, que estábamos inocentemente comiéndonos los pasteles que nos habían colocado allí. Comenzó María la charla. Nos anunció que sería nuestra nueva madre. Todos estábamos hechos unos flanes de nerviosos, el Percy la mirada torva, yo sin saber qué hacer. Pero ella lo hizo muy bien. Estipuló con claridad que sería la mejor madre que pudiera, dentro de su juventud y poca experiencia, pero que también, como miembro adulto de la familia, y esposa del *Daddy*, le debíamos como mínimo el respeto. Nosotros con los ojos como bolas diciendo sí, sí, la cabeza dando botes para abajo y arriba. Esto era totalmente nuevo. Nuestras madrastras americanas ya habían quedado relegadas totalmente a un pasado desaparecido, las chachas siempre fueron chachas, pero esto iba en serio, caramba.

En relativamente poco tiempo María se convertiría en nuestra verdadera y muy necesitada madre. Nuestro “Peñón de Gibraltar”, como dicen en inglés, en quien siempre, vengan rayos, vengan truenos, podíamos confiar, cariñoso abrigo y amparo de momentos de

penuria física y espiritual. Yo la quiero, a mi Mami, como llegaríamos a llamarla a menudo con mucho esfuerzo (estúpido) y con la crianza de los cuatro futuros hermanos.

Pero me adelanto. Me adelanto mucho. En aquellos días de su noviazgo, la boda, las fiestas, la Luna de Miel... él, ella y nosotros... fue duro y fueron nervios y sinsabores, pero más que nada fueron “sinsabores”. Sabores hubo para todos los gustos, buenos malos, inquietantes, ¿celos? Tal vez.

Romance sin duda existió. Bello, excitante romance de una apasionada andaluza que se enamora, es cortejada, se casa, se marcha con su gallardo enamorado a países lejanos, novelescos... y encima dos gamberrillos incluidos de regalo.

Nosotros tuvimos que aprender y aceptar por esos días que teníamos una madre. Sabíamos que para el padre esto iba muy, pero que muy en serio. En España, en esa España almeriense de principios de los sesenta, nadie se casaba a la ligera. Y el horno de mi padre ya no estaba para bollos ni rollos. Ella se encontró en la nada fácil situación de verse de pronto con dos hijos, de 11 y de 10 años, aceptarlo, y aprender con nosotros a ser madre, con dos problemas: que éramos unos diablos, y que a ella siempre la habían tenido cobijada bajo el regazo materno, la niña de la casa. Y si nos ponemos a fijarnos en detalles pequeños, diré que mediaban menos años de edad entre mi hermano y ella que entre ella y nuestro padre.

Le doy las gracias al cielo y a este ángel enviado desde allí por su tesón, que ella, y con verdad, ha llamado siempre amor. ¿Pero cómo fue ella capaz de amar a estos tres mozos funambulescos y tarambanas, y con tanta perseverancia y abnegación? Seguro que ella cogerá un berrinche de aúpa leyendo el final del capítulo anterior —seco, escueto, mordaz— : pues así se la pegábamos siempre. Y es que somos una calamidad. O acaso ahora sólo yo sea así, pues a mi hermano se le tiene por el “noble” de la familia... Pero que conste que no siempre fue Percy un santo, como más adelante se verá.

El título de este capítulo, o de algún otro, debería llevar el nombre de María, como

dedicatoria y en homenaje a ella, pero nada... ni eso.

Todo lo hablado aquí es de boca o pluma de un hombre cuarentón, rozando los cincuenta, que vio y vivió la progresión paso a paso, a lo largo de los años. Ojalá aquel niño hubiera podido vislumbrar siquiera lo que ella llegaría a significar para nosotros. Y sin embargo, ni lo habría comprendido, ni creído, ni acaso importado o querido, encallado como estaba en sus niñerías bobas. Ella era ésa, la que teníamos delante y ya está, y esa era la verdad, pues entonces María no era ni más ni menos que esa jovencita, recién casada, compartiendo su vida con tres chiflados americanos, y todo por andar, no importa cuánta clarividencia escondida tuviera. Sus dotes adivinatorias han servido para muchos, pero nunca para sí misma.

Durante su noviazgo recuerdo, porque él lo relataba, algo muy gracioso del padre, hombre de muchos nombres y muchas caras y muchos vuelcos. En esos tiempos en que cortejaba a la novia, iba con frecuencia de visita a la casa de un pariente de María, y allí quería contribuir con su granito de arena a la conversación. Pero la familia, no siendo un corrillo académico precisamente, no lo lograba entender. Claro que la culpa no la tenían ellos, sino él, que no se esforzaba por acoplarse a la concurrencia. Así pues, en cuanto él decía algo, todos miraban a Nena y preguntaban, callandito: —¿Qué dice, qué dice?— y ella les “traducía”. Hasta que un día el americano reventó. Se levantó, airado, y gritó —¡¡¡Yo habla español!!!— Mutis general, y mi padre como un tomate. Pobre *Daddy*. Más adelante, en Italia, proclamaría a la semana y pico de estar allí que ya hablaba un espléndido italiano. En realidad nunca habló ningún idioma bien, pues, según él mismo confesó, allá en Minneapolis era de las pocas personas a quienes los sordomudos no podían leer los labios. Eternamente incomprendido, y, después de muerto, sus libros ininteligibles.

Para terminar con lo apuntado sobre Nena y aquellos tiempos, diré que podría indagar e informarles mejor, enterándome yo al mismo tiempo de cosas interesantísimas y divertidísimas, pero creo que lo voy a dejar para otra ocasión.

Tarzán quedó al cuidado de “la Cuevas Duimovich”, pues ya era el perro de todos en la calle, y todo el mundo lo quería casi tanto como nosotros.

Nos encontrábamos otra vez en un transatlántico, o mejor dicho, un trans-Mediterráneo-Rojo-Índico en este caso. Detalles imposibles de deslindar de otras travesías. Hermosos tiempos aquellos en que se podía elegir entre el avión y el barco, y no me refiero a los actuales buques mercantes, que según me han dicho, aún expenden billetes de pasajeros. Un crucero tampoco es igual, pues eso es como ir en círculos sin ir a ninguna parte, y acabas donde empezaste, sólo que unos días más tarde, y es por lo tanto lo mismo que no haber hecho nada, puesto que a ningún sitio fuiste. Mi padre, de aviones, ni pensarlo: no es la meta, sino el viaje, y lo suyo eran las estelas en la mar.

Hubo parada en Port Said, junto a la antigua Alejandría. Había en el agua, si uno miraba para abajo desde la cubierta, niños egipcios que se zambullían a recoger las monedas que les arrojábamos. Bueno, que les arrojaban. Ya las habría querido yo para mi colección. En Almería yo hacía algo no tan drástico como estos niños, pero que me proporcionó un montón de monedas. Me iba al puerto, donde siempre había uno o dos buques mercantes, y les pedía a los marineros:

—*Hey! Have you got some foreign coins?* —gritaba. Ellos me las traían, y contentos de encontrar a alguien que entendiera el inglés se bajaban del buque, y yo ya sabía dónde querían ir, así que los llevaba. —*Have a good time!*

En un santiamén la cubierta del trasatlántico se convirtió en un bullicioso bazar al aire libre. Yo cambié dinero inglés por billetitos egipcios, para mi colección; O. G. Adquirió un largo y fino estilete con su funda metálica recubierta de cuero repujado, coronando el puño la cabeza de Nefertiti. Bajamos a tierra a visitar la exótica ciudad. Celosías para guardar a las mujeres, puestos entoldados de vendedoras embozadas, ajetreo y parsimonia en íntima convivencia. Hoy en día las imágenes mil veces emitidas por la tele en todas las casas nos acercan estas cosas al salón, pero por aquel entonces, y para un niño que no era ni

adolescente aún, era como pisar Marte. Por otro lado en aquellos días se podía andar seguro, aunque manoseado por manos pedigüeñas, por todas las calles, hasta las más islámicamente angostas y autóctonas.

Se oía constantemente al *muecín* llamando a la oración; pasamos docenas de cafés con sombrillas, árabes tomando su té verde con hierbabuena, vaporcillo, azúcar hasta la mitad del vaso, veinte mil moscas, veinte mil sudores. Nena dale que te pego al abanico ¿queréis un rato? ¡No! Nunca, eso las mujeres. Fotos y los musulmanes tapándose NO NO NO. Algunos, que fotos sí si pagar *money*.

Teníamos la opción de seguir embarcados por el Canal de Suez hasta la ciudad de este nombre o pagar un extra para el autocar al Cairo y las pirámides. Bastantes árabes y calor ya y mucho *money* y nuestro destino la India, que es lo que al americano entonces le importaba. ¡Pero qué *engurruñío* era con el dinero!

Por el canal, durante varias horas, miraba uno por la borda —a ambos costados— y sólo se veía tierra, nada de agua, de puro estrecho que era.

Un pintor se hallaba retratando a un militar hindú al óleo en uno de los salones. Yo me coloqué detrás e hice a hurtadillas un retrato a lápiz, fijándome tanto en el lienzo como el retratado. Me pillaron haciéndolo e insistieron en que les mostrara mi garabato. Al militar le agradó tanto que se lo quedó, mientras el pintor me vaticinó una buena carrera futura como retratista. ¡Qué grande me sentí!

Breve escala en Aden. Más desolado desierto por doquier, como habíamos venido viendo en las orillas del canal y también a orillas del mar Rojo, cuyo nombre le viene con toda propiedad, al menos en algunos trechos. Me resulta increíble, recordando Aden, los lugares tan inhóspitos que escogen los hombres para vivir. Y dudo que la zona fuera muy diferente hace cinco mil o diez mil años. Eso sí: está el comercio... así que si eres un *businessman*... pues te puedes ir a vivir a un lugar como Aden.

Fiesta grande de confeti, serpentinas, cornetas y gorros de papel en la sala de baile.

Apogeo del *twist* y mi padre haciendo el asno en la pista. Percy y yo demostramos ser unos twisteros de armas tomar también, hasta la hora de “Mayores sólo”, en que tocaba retreta al camarote y darse unos buenos masajes a los destrozados riñones. María se rió alborozada de los locos retorcimientos de sus tres hombres. Aunque, a decir verdad, y tras todo ese champán, ella tampoco se quedó corta, ni perezosa, ni tan derechita, en eso de hacer el ridículo.

Y por si no hubiésemos tenido suficiente meneo en el baile, en el océano Índico nos cogió y nos zarandó un temporal de los gordos. Otra vez, como antaño en el Atlántico, la apariencia de que toda la gente estaba verde de puro enferma, a excepción de Percy y de Erik. La vida es un zarandeo. La Nena lo pasó fatal en el Índico, la pobre. ¡Qué mal le sentaban estas travesías: dos días enteros malita, sin salir apenas del camarote!

Por fin, para alivio de nuestra madrecita y cierta desilusión nuestra, alcanzamos nuestro destino. Llegábamos a Bombay.

Capítulo 7. La India

[TEXTOS VII]

El hombre verdaderamente iluminado se asemeja asombrosamente al no iluminado, pero el no iluminado quiere destruirse a sí mismo y a más gente en tanto que el iluminado preferiría no hacerlo. Mejor quedarnos tal y como estamos.

Desconfía siempre de que haya sutileza alguna en los dichos del Buda. Y profundidad, nunca la hay. Cuando te parece nebuloso y sobrepasa tu comprensión simplemente no lo estás agarrando como él quería. Si le hallas algo remotamente místico estás en el camino correcto pero en la dirección contraria. Guárdate tus propias opiniones sobre misticismo, las del Buda eran que es un error egregio, en el fondo el único error contra el que luchó. Y no encontraba nada más saludable que la buena y sana agresión, ya sea ofensiva o defensiva, con o sin sublimación; muy poquita y raramente más útil. Es para gente dolida y del tipo maldito-sea-Dios, cabreada, gente enferma (como la cristiandad en este respecto). El budismo ofrece tratamientos específicos a problemas específicos, y aún entonces es un proceso a largo plazo en la mayoría de los casos. Aquellos que se hallan relativamente satisfechos con cómo le van las cosas no deberían tocarlo. Pero en las regiones de la moral y el comportamiento el viejo Gautama tiene algunas virguerías estupendas para los que no están satisfechos. El *sine qua non* para entenderlo yace en aceptar su estipulación primera: que esta vida, aproximadamente tal y como la conoces ahora, es todo lo que hay (pero no lo único de lo que hay que hablar), y la única vida que conoceremos nunca. Teniendo esto en cuenta en todo momento empezaremos el estudio de los deseos.

Sorprendentemente la mayoría de las personas por debajo de los cuarenta están desprovistas tan siquiera de la más mínima o vaga noción de lo que les gusta. El problema parece nunca haberseles presentado. Y los que tienen más de cuarenta nunca han sopesado o clasificado u organizado sus diferentes gustos o apetencias por importancia relativa, no dándose cuenta evidentemente de que hiciera falta hacer nada al respecto. Y

si yo fuera el Buda ahora lo dejaría aquí por hoy. Estos defectos en las personas son difíciles de condensar en unas pocas palabras. Sin embargo no lo soy, y dar ejemplos es bien fácil.

—¿Te gusta ese lagarto... la iguana? (Me refiero a ese bicho grande y cornudo), ¿asado sobre ascuas de estiércol bien requetesecho, y después bañada en su especiada salsa rosada de orugas? ¡Lo riquísimas que están también muchas serpientes, húmmmmm serpiente de cascabel, qué cosa más divina! Tampoco veo por qué miles de millones de personas consideran el *comer carne de vacuno* la más vil y asquerosa de las glotonerías, el pecado final. Me recuerda a esos cómics. Ves a unos tíos sodomizando en la cama, el suelo está atestado de cadáveres con una daga oriental de diseño peculiar clavado en cada pecho, y sobre la mesa los restos, mayormente huesos, de una cena. Acaba de entrar un hindú y exclama, —¡Oh, cielos! ¡Han estado comiendo ternera! — Supongo que tal propaganda no debería permitirse, por mucho que la libertad de religión resulte ofensiva a otros. Los consumidores de ternera perfilan su imagen propia en gran manera basándose en cómo de hecha le gusta la carne, cruda y rezumando sangre o carbonizada —se muestran duros y machos, refinados y gentiles—, no son éstas preferencias del paladar, generalmente hablando. He conseguido convertir a varios en sus preferencias, y he experimentado yo mismo reajustes a través de los años. Yo mismo admito que [aquellas preferencias] solían reducirse a crearse una imagen, y aún todavía acaso, siga (sólo para mí mismo) representando una agresión carnivorizante. Ser un “delicado” o “asquito” con la comida poco tiene que ver con olores, sabores, o valores nutricionales. Para muchos cualquier cosa que no han probado antes les parece algo repulsivo. ¿Es acaso un burro o un perro más feo que un cerdo? Supongo que el calamar y el pulpo están creciendo en popularidad, buenos manjares. ¿Por qué no el canibalismo? ¡Vaya bendición para los millones que se mueren de hambre y para la balanza de exportación de sus países!

[...]

...podemos rechazar el yoga hindú. Para nuestros propósitos sus milagros son

parecidos a un borracho que también ha tomado LSD y que con todo consigue cruzar tambaleándose la calle sin caerse o que lo aplasten. Supongo que hay tipos que pueden controlar los latidos de su corazón, el pulso y la presión sanguínea, aunque personalmente nunca les he visto hacerlo. Ver a unos doctores midiendo este tipo de cosas producirá ciertas conclusiones sobre algo... el colmo, en realidad. La técnica de este dominio consciente puede aprenderse en unos veinte minutos, y puede que lleve años en desaprenderse, lo cual es el estado más deseable. Imagínate vívidamente una situación tensa, de miedo y agresividad, observa interiormente lo que estás haciendo, y entonces hazlo de nuevo. Como aprender a mover las orejas a base de hacer que otro te haga cosquillas en ellas con una pluma. Obviamente el mecanismo impulsor está ahí. La pregunta más obvia es si ofrece alguna ventaja ser consciente de su ubicación, lo cual puede resultar un engorro, algo como un dolor de muelas. Uno no puede quitárselo de la cabeza, y tiene que volver una y otra vez a lo mismo. Todos nosotros ya controlamos estas funciones y lo hacemos muy bien. Hago excepción de la levitación, pero la nueva teoría sugiere efectivamente cauces de investigación, y no sólo los hindúes levitan.

El Buda adoptó una forma adaptada de yoga para sus propósitos. Se ha convertido en parte integral de la religión. Un automóvil puede servir para hacer viajes, matarse, llevar a su destino a una parturienta o una botella de alcohol de cosecha casera.

* * * * *

Bombay. Gigantesca, ilimitada. Si no se concibe su tamaño durante la arribada, basta con pasarse unas semanas allí, como nosotros hicimos, y tomar alguno de los diversos medios de transporte yendo a enclaves turísticos para ver la aglomeración en plan marabunta de gente que pulula por ahí. No se recomienda a agorafóbicos ni almas que sufren en presencia de la miseria.

Allí a la entrada está su *Gateway to India*, como el arco de triunfo de Trajano pero mayor y más exóticamente retorcido. Nos tocaba ahora pasar la aduana, y María con oro hasta en los tobillos bajo holgados ropajes que incluían unos pantalones bombachos color melocotón. Padre y nosotros también llevábamos algún discreto oro (esclava de cuarto de kilo, algún anillo), pero ella... aún me pregunto cómo podría moverse sin parecer una orquesta de percusión. Los baúles que tal bailaban con los chismes de Melilla. Pasamos sin problema. Púm púm a los pasaportes con acaso un escrutinio más cercano al de María porque ella no tenía pinta de “inglesa”. Percy y yo íbamos incluidos en el documento de O. G., trío todo peripuesto.

Nos alojamos en un lóbrego, miserable y carcomido hotel hindú. ¿Autenticidad? Más bien ahorro, o por otro nombre, tacañería. Estábamos enfrente de la residencia-albergue del Ejército de Salvación, que es probablemente donde el taxista tenía la intención de llevarnos desde el principio. No cogimos *rickshaws* esta primera vez, pues habría hecho falta contratar cuatro y correr el peligro muy real de que nuestros bultos tomaran las de Villadiego.

El hotel mi padre a lo mejor se lo esperaba más tolerable. Tuvimos que pedir almohadas y *please, please*, unas fundas, y nuevos juegos de sábanas, *please*, que las que había eran una estampa de rodales pardos, ¡qué asco! Refunfuños de los hindúes, pero nada comparados con los de Nena.

La comida la tomábamos sentados alrededor una gran mesa de mimbre, redonda, sacada al balcón. Tantos platos había como pudieran concebiblemente caber encima de la mesa: cuenquecillos de verduras y frutos tanto secos como pastosos y francamente líquidos: salsas, curries, *chutneys*... Y dos fuentes de arroz. Picante todo, picantísimo. Padre e hijos encantados, Nena horrorizada: mejor morir de hambre que de puro fuego.

A la noche fuimos visitados, no: invadidos, por las chinches indias, que eran unas señoras chinches y no poco cuantiosas en aquel hotelito. Al segundo día nos mudamos a los saneados aposentos del Ejército de Salvación. Hora de pagar, como diría mi padre, “por lo que no era”. Pero estaba dispuesto a todo por su encantadora esposa, quien no me extrañaría que le hubiese dado un ultimátum, y por otro lado, ¿quién sabe cuántos inquilinos salían con vida del anterior antro?

Paredes blancas, todo aseadísimo, casi un hospital parecía. Y un señor inglés, a quien apodamos “el limpio”, que se tiraba todo el santo día entrando y saliendo de la ducha, que se hallaba en el (único) cuarto de baño de la planta. Pues si no puedes soportarlo, qué porras haces en la India, chalado inglés. Es ya un tópico muy extendido que los ingleses sufren lo indecible por todo el mundo, siempre echando de menos su islita. Allá vosotros. El caso es que yo tampoco viviría en Inglaterra, la verdad sea dicha.

En el Ejército de (nuestra) Salvación las comidas se servían sin picante (casi), aunque los variopintos botes de curry se podían pedir aparte, o comprar en la tienda ¡mmmh! Lo mejor de todo eran sus desayunos ingleses, con huevos y beicon y pan blanco y zumo y un rico etcétera. En cuanto María recuperó la capacidad de comer salimos a explorar las ofertas culinarias de los restaurantes de Bombay, y arriesgar almorzar o cenar en ellos siempre que fueran limpios y estuvieran dispuestos a hacer concesiones tales como preparar algún platito especial medio al gusto occidental, para Nena, o que tuvieran comida para no-vegetarianos, como pollo o una chuleta de cerdo o unas gambitas, o sea, más chicha y menos cuento.

Visitamos muchos lugares en Bombay, de los que sólo me acuerdo del acuario. Para

Percy y para mí —en esto sí había pleno acuerdo— los mejores sitios para visitar eran los zoos y los acuarios, y menos monumentos y otros rollos, bodrios o bobadas. Pero lo más sobresaliente y distintivo de Bombay y sus calles de vacas y pedigüeños y *rickshaws* (a pie, en bicicleta, y *zoom*: motocicleta), eran las aceras en sí. Los indios tenían, y tendrán aún, un picatoste delicia-droga que el vendedor elaboraba con esmero en la misma vía, compuesto de tres ingredientes: (1) una pasta harinosa, al que se le echa (2) unos gránulos y taquitos de la nuez machacada del *betel*, como principio activo, y finalmente (3), una hoja verde, con la que se hace un paquetito enrollado, que va derecho a la boca, a ser mascada. Había puestos callejeros que dispensaban este bocado cual si vendieran pinchitos en la feria de Almería, aunque generalmente les bastaba con un pañuelo en el suelo, pues los hindúes son capaces de estarse sentados en cuclillas, los pies planos contra el suelo, y tirarse las horas muertas de tal guisa sin el menor síntoma de incomodo. Desconozco qué propiedades euforizantes, tranquilizantes o estimulantes contiene su bocadito de droga; el diccionario declara que produce los tres efectos combinados (¡?!). Pero lo más curioso del caso, y a lo que yo me quería referir, es que después de masticar largo y tendido, el consumidor echaba un super-mega-escupitajo en la acera, y ahí se evidenciaba y quedaba de recuerdo la más sobresaliente virtud del mejunje, que era, por alguna suerte de poder de absorción, hacer sangrar las encías. En consecuencia, las aceras y calles aparecían moteadas de manchurroneos rojos, tirando más o menos a marrón, dependiendo del número de enfermedades contagiosas del que escupió la mascada (no me hagáis caso: desvarío. ¡A lo mejor son las fiebres!). Esas manchas, en conclusión y fuera de bromas, no las borran ni las lluvias monzónicas. Todo el mundo sabe lo de las vacas, pero la mayoría de los occidentales desconoce, a menos que haya estado allí, esta “exótica” faceta que en seguida le asalta a uno: basta con mirar donde tenemos los pies.

Hablando de pies, un cierto porcentaje de los mendigos sentados en los trancos o en cuclillas por todos lados, y sobre todo los de cierta edad, tenían todo el cuerpo como una

tubería arrugada, coronada de un cabezón calvo que se unía al referido esqueleto por una especie de nudoso palillo de dientes que era el cuello, y después, en el otro extremo, dos gigantescos pies como de elefante, de los que asomaban cinco cosillas que eran... ¡sí! los dedillos. Pobres desastrados. Un día, tras varios meses de estancia en la India, a mi hermano se le hincharon los pies, como buen Piscis que era, pues dicen que los pies son el punto débil de los nacidos bajo tales astros, y ¡vaya susto! ¡La pilló... palmatoria! Afortunadamente no fue así, sino que a la semana se le volvieron a deshinchar. Que Dios me perdone, pero a mí a en el fondo —y *a posteriori*— me hacía un poco de gracia visualizar esos pedazos de pie. Seguro que a él no.

Luego estaban los monzones. Llovizna caliente, diaria, de sol a sol. Menos mal que sólo hubimos de soportar uno.

Visto Bombay, o la mínima parte turística (y la piscícola) y otras áreas de lo más vernáculo de su centro, tocaba encaminarse al sur, siempre al sur, destino Kerala, el estado más pobre, mísero, superpoblado, y de mayor índice de mortalidad por hambre de la India de entonces.

Pasamos por Puna, la ciudad élite donde residen los grandes empresarios y ricos hombres de Bombay, y tal vez Goa, la antigua colonia portuguesa de la India, aunque no me acuerdo de haber estado allí. Tal vez pasamos de noche. Puesto a investigar descubro que no hay tal Goa que ver si pasas en tren, si acaso Panjim, la capital de esa región. ¡Y yo culpándome, por años, de desmemoriado!

Vimos unas ruinas fantásticas excavadas en la montaña, con columnas ornadísimas, todo en el más extremo orientalismo, y en el interior más figuras esculpidas, cientos de figuras, muchas de las cuales eran marcadamente eróticas. María, tan católica ella aunque no fuera amiga de curas, no concebía que en un templo dedicado a lo más sagrado pudieran exhibir tales marranadas. Eran las mismísimas que suelen usar para adornar las cubiertas del *Kama Sutra*.

—*Daddy*, súbeme a hombros, que están muy altas. Ahora préstame los prismáticos.

María, que me ve a hombros de mi padre, tonteando con los prismáticos, se decide a actuar. Hay que dar ejemplo a los niños. Pero más que nada está nerviosa por el qué dirán.

—¡Hay que ver el niño! ¿Y tú cómo le consientes a tu niño que mire esas porquerías? ¿Tú te crees que un padre hace eso? ¡Míralo, como si nada! ¡Cuidado con el padre, si es peor que los niños! —salta y me agarra del polo, por la cintura. Tira con fuerzas, clara indicación a su marido de que me tiene que bajar, mientras prosigue su monserga—. ¡Erik, bájate ahora mismo, sin-ver-güen-za! ¡Será borde el crío...! ¡Y tú, Percy, deja de reírte, demonio, a ver si cuidas de tu hermano y os comportáis los dos! ¡Siempre tenemos que ir dando la nota a todos lados! ¿Será posible, Dios mío, que estas cosas nos tengan que pasar siempre a nosotros? ¡Ay, madre mía, estos niños me matan! ¡Pero la culpa de todo la tiene el padre, que no los tiene donde los tenía que tener! —Y María, sintiéndose observada por los otros turistas, disimula y vuelve a colocarse las gafas de sol—. ¡Anda... vámonos de aquí! ¡Vámonos de aquí, que ya me habéis dado el día!

—¡Espera *Daddy*, que aún hay más que no hemos visto, por allí adentro!

Los trenes en la India tienen una primera clase cuyos vagones van divididos a lo ancho en vez de a lo largo, en plan compartimentos familiares, como si fueran casitas, a los que hay que acceder desde el andén. Literas forradas de plástico, sin sábanas ni mantas ni almohadas para dormir. ¡Qué de babeo llevé yo a cabo con la mejilla sobre aquel plástico! ¡Vaya birria de *primera clase*! ¡Y qué velocidades! Con los *rickshaws* habríamos llegado antes y más lejos. Las comidas nos las vendían por la ventanilla multitudes de mozos correteando por el bullicioso andén, una bandeja alzada en cada mano, en las interminables paradas. Todo picante. En la India hasta hay una gaseosa incolora, estilo “*La Casera*”, que es picante, lo juro. Así tenéis los dos elementos complementarios en uno: —Pica... bebe. Pica... bebe, hasta reventar.

Mangalore, en la costa, ya mucho más al sur. Una película ridícula india. La India

figuraba como la segunda, o incluso la primera (!) productora mundial de cine en los sesenta, todas las películas de amores, y no se permitía ni un beso en la boca.

Nos hizo gracia un honrado ciudadano paseando su cerdo —con perdón (cual mandan los cánones)— tan pancho, como si llevara un caniche o un bulldog.

La India para mi padre, más que un lugar físico, era una materia de estudio y aprendizaje, de estupefacción, de arrebatos o de aborrecimiento. Para los peques otra cosa, rara y sucia y pasmosa y terrible y fastidiosa y otra vez rara... y a veces para inflarse de risa, que nunca viene mal. De lo que pudiera opinar Nena no me hago ni la más remota idea: algo feo y asqueroso, eso seguro, pero también asombroso. Desde luego era una migajica distinta a Almería. A decir verdad la calle Duimovich era una virguería de comodidades comparada con esto. Con los gitanos de la parte alta podía ella al menos entenderse, así como saber sus intenciones, apetitos y sentimientos.

Muchos indios vivían literalmente en la calle. Aprovechaban algún entresijo o hueco, con mucha suerte debajo de un puente, y montaban su tienda con un trozo de tela de sábana, y eso era su casa. Una casa para una familia entera. He visto chabolas en varios países, pero esto era ya cosa de la mayor lástima... ¡Y cuántos brazos que eran puro esqueleto!

Ver la película *Mosquito Coast* de Paul Theroux, y devorar luego la novela, me recordó inmensamente a mi padre: lo único que le faltaba al mío era esa máquina de fabricar hielo, pero el espíritu, el afán, la locura... eran idénticos. Enormemente parecida a nuestra infancia era la situación y las reacciones de aquellos niños ante los hechos. Veinte años de mi vida comprimidos en dos o tres de la de ellos. ¡Cuán verídicas pueden resultar algunas historias basadas en la fantasía!

Bangalore, tierra adentro, y aquí —por una vez, ¿por qué no?— nos alojamos en un blanquísimo, marmóreo palacio a lo Taj Majal en chico. Exuberantes lechos con mosquiteras de seda, salones majestuosos, columnas, arcos, patios con fuentes de aguas corrientes, frescos, rumorosos jardines. Dos enormes, succulentos pollos asados, con rica

guarnición, servidos en nuestras mismas salas por camareros impecables, en sus lujosos turbantes, una negra redecilla cubriendo sus perfectamente recortadas barbas. María conoció el paraíso terrenal aquel día. El viaje acaso había valido la pena.

Pero el sueño no duró. Volvimos a encaminarnos al sur. Por fin llegamos a Cochín, y al otro lado de la bahía, cara norte, la algo más chica Ernákulam. Habíamos alcanzado nuestra meta.

Alquilamos una casita bastante apañada. A nuestra derecha, señalando desde nuestro porche corrido, y entre árboles tropicales, una exuberante fronda de palmeras, bananos, mangos y cinamomos —el árbol de la de canela—, se hallaba una gran casona casi palacial, con una lagunita de un verde intenso en la que la familia que allí habitaba hacía sus abluciones. Los dueños de aquel *locus amoenus* eran los propietarios de nuestra casa, y eran de religión hinduista. Dentro de su mansión veíanse cubículos y oquedades de culto, cual mihrabs, con el azulado Shiva adornado de sierpes, Ganesa, el elefante divino, y Visnú, y aquella diosa de las tres caras (¿o tendría otra detrás?), y el otro con cara de mono, y toda la jauría de entes ultramundanos, entre incienso, diademas y flores. Tremendamente devotos los caseros. Y devotos de Alá también los indios islámicos a nuestra izquierda, adosado su hogar al nuestro, arrendatarios al igual que nosotros. Todos eran buenísimas personas, lo cual no les impedía vivir en continuo estado de guerra, con transgresiones de índole y envergadura teológica, teleológica y peor. Y nosotros, oficialmente cristianos, en medio. Cada cosa en su sitio. En la India hay mucha libertad y diversidad de cultos, como hay diversidad de castas, y todos se tratan a palos. A los animales no los toquéis, sólo a los humanos. Cuando llegó Pascua de Resurrección y quisimos hacer las siete estaciones no hubo problema, que Ernákulam las tenía.

En nuestras visitas al mercado público —cosa digna de ver, un auténtico mercado indio— y nada más traspasar el umbral del amurallado, recóndito recinto de las carnes, quedábamos abrumados, siendo obviamente occidentales, “ingleses”, por un alborotado,

esquizofrénico, griterío: ¡Aquí, aquí, la mejor carne, *beef, beef!* dándole tortazos, dale que te pego, a una vaca cortada por la mitad que tenían colgada de un gancho. A Nena le gustaba mucho acudir a este extraordinario mercado al aire libre, con sus millones de cosas, pero no sola. Al principio íbamos todos juntos, o ellos dos. Percy y yo mientras tanto nos paseábamos por las calles de los alrededores, atestadas de bazares, y frecuentemente comprábamos sellos raros orientales a un filatélico del que nos hicimos amigos. Más adelante Nena siguió yendo al mercado en *bici-rickshaw* con la criada. No se fiaba de dejar que la criada fuera por su cuenta sin ella, imaginando que la sisa sería impepinable. Volvía Nena del mercado luciendo su habla local: —¡Pándara anna! —, —¡Ila ila, char anna!— ¡Cinco anas! (el *anna* era una compleja fracción de la rupia) ¡No, no, cuatro! —¡Acha, acha, acha! —sí, sí, sí, y hacía un ocho con la cabeza, que es la forma de asentir de los hindúes, y después se echaba a reír, ante la amplia sonrisa de nuestra morena sirvienta. Bueno, morena... así-así andarían las dos, de tez, tal para cual.

Mi padre, que se había inflado de estudiar hindi durante la travesía, seguía siendo un incomprendido en las calles de Ernákulam. Los vendedores usaban el habla local, el *malayalam*.

Mangos y piñas y cocos y bananas a reventar, y por unos pocos céntimos. Para comer la piña, la criada diestramente pelaba ésta, extendía las rodajas sobre una gran fuente, y cubría todo con una montaña de azúcar una o dos horas antes de servirla. ¡Qué paladar más dulce teníamos en aquellos tiempos! Y es que comer mucho azúcar debía representar status y señorío entre esas gentes. El mango ni siquiera lo habíamos visto antes. ¡Qué mangos aquellos de Kerala, que nuestra casera simplemente nos regalaba de su jardín!

Mi padre, mientras tanto, estaba trapicheando la venta de lo adquirido en Melilla. Guardó unos brazaletes y algunas otras cosillas para Nena, que les había cogido cariño. Al final parece que quedó bastante satisfecho, deseando sin duda haberse traído el doble y el triple.

Los niños comenzamos a asistir a una escuela cien por cien hindú. Nada de escuelas “a la inglesa”, aunque haber, habíalas. Para mi padre lo puro y lo castizo era lo que contaba. Incluso cuando no era para él, sino para su prole. Tuvimos una experiencia bochornosa. Percy y yo pegaditos uno al otro a la salida de la clase para irnos, hechos unos flanes, a casa, y esos morenitos tirándonos chinás. Las clases se daban mayormente en inglés mezclado con *malayalam*, y estudiamos, aparte de las asignaturas regulares de química, geografía e historia de la India, etc., etc., los idiomas *hindi*, co-oficial con el inglés, *tamil*, el idioma mayoritario del sur de la India, y el susodicho *malayalam* de Kerala. Los cuadernos que usábamos parecían libritos decimonónicos, muy cucamente encuadernados con floreadas pastas duras, y me encantaron.

Un día me encontraba cavando hoyos y jugando con la tierra arenosa enfrente de nuestra casa cuando mi padre gritó: —¡Erik, Erik, entra en la casa, corre! —Así hice, y por la ventana vi una larguísima serpiente arrastrarse justo por donde yo había estado jugando. El bicho —la *bicha*— se dirigía, como el que no quiere la cosa, al altar en el que nuestros vecinos hinduistas depositaban diariamente alimento para tales criaturas. Este altar era fuente de no pocas de las antedichas discordias entre los vecinos a nuestra diestra y siniestra. Los musulmanes consideraban a esas sierpes “bestias de Satanás”, y hay que admitir que muchas de ellas debían de ser cobras... o peor. Ni que decir tiene que María estaba de parte de los fieles del Corán en esta estirada cuestión, y que ese altar a las serpientes la traía por el camino de la amargura.

Otro día me dirigía a correos a echar una carta, mas nunca llegué, pues apenas empezaba a alejarme de la zona de la casa cuando un buey —qué buey: un señor TORO era— se me plantó delante, sus enormes ojos negros clavados en mi joven persona. Girándome cuidadosamente, caminé pasito a pasito, sigiloso, a lo Charlie Chaplin, de regreso a casa. Él duplicaba mis movimientos. Corrí... y la mala bestia embistió. ¡Dios mío, que me mata! Por los pelos llegué a la verja metálica de nuestro recinto y la logré cerrar, dejándolo a él afuera,

con dos palmos de narices, o cuatro, que dos ya las tenía de por sí. Luego le hice mis buenas burlas y cuchufletas como es de rigor en estos casos, con manos, lengua, culo, pases y saltos; aunque tengo que admitir que me seguían temblando las piernas. A mí que me dejen de Sanfermines y eventos afines.

Pero esa no era una res, o vaca, típica del lugar. Por lo general son tan torpes y perezosas que ni a bocinazos se levantan del medio de la calzada, donde acostumbran tumbarse a sus anchas y se toman unas luengas *vacances*. Además, está muy mal visto pitarles con la bocina, y mucho menos salir y darles un cachete en las ancas. Lo que se hace normalmente es echar marcha atrás y buscar otra ruta... o esperar. Con suerte el animal decidirá levantarse a darse un garbeo, o algún alma caritativa lo logre atraer con un manojito de hierbas secas, o acaso un musulmán o cristiano más osado lo ahuyente con los brazos y la voz. —*Nanni, nanni, nanni*. —Muy agradecido. Ahora es posible que lleguemos a nuestro destino, aunque tarde, y contando con que no nos encontremos con la prima hermana de esta vaca.

Nos levantamos muy temprano un domingo los tres “hombres” y fuimos a Cochín a alquilar un bote de remos para pasarnos un día de solazada pesca. El padre naturalmente sentía la obligación de catar la pesca en el Índico. Es el de Cochín una especie de ensenada o bahía natural muy alargada y casi cerrada, con un angosto estrecho en su parte central que abre al océano abierto. Nos encaminamos hacia el centro de esta bahía, pero ahí no había ni profundidad suficiente ni peces. Fue al aproximarnos a la boca del estrecho que empezamos a notar lo fácil que se nos hacía remar, pues la marea estaba bajando. ¡Qué bien! Al poco rato cobramos una velocidad tal y teníamos tanta dificultad en controlar la dirección con los remos, que nos metimos de lleno bajo una de las grandes redes que desde la orilla, con larguísimos palos de bambú enlazados entre sí, los pescadores hunden en el mar, para así atrapar, con las corrientes, la pesca. Los pescadores desde la orilla nos gritaban cosas, *blagurublah blagurublú*, hechos unos energúmenos, temerosos de que les destrozáramos las

redes, y eran muchas las redes enfiladas que había. A trancas y barrancas y empapados por una de estas redes recién izada encima de nuestra barca, conseguimos milagrosamente desliarnos de ella, usando los brazos y los remos y todo lo que pilláramos, y nos apartamos lo suficiente de esa comprometida orilla. Era como en las películas de aventuras de las islas de sur cuando los buenos escapan de los indígenas por los pelos. Proseguimos, acelerados, nuestra marcha hacia el océano abierto, dejando atrás la costa. La frustración inicial se fue tornando en pánico. Ahora el *Daddy* quería que remáramos, y fuerte, pero *en dirección a la costa*. Era obvio que ya nos veía hechos unos náufragos en medio de aquel proceloso océano, perdidos y rodeados de tiburones. ¡Remad, torpes, imbéciles, malditos, remad! Cada vez perdíamos más “terreno”, pues éste se iba alejando paulatinamente. Los dos hermanos, uno a cada remo, llorando. Cambios de turno, gritos, desconcierto, desesperación y las olas cada vez mayores.

La marea por fin comenzó a cambiar. ¡Sobreviviríamos! Las manos las teníamos destrozadas por el frenético remar, pero sentimos un alivio inmenso al saber que pronto se acabaría el martirio. Huelga decir que nunca volvimos a repetir la experiencia, y que nunca pescó O. G. nada en el Índico, excepto un morrocotudo susto y un berrinche de aúpa.

Nosotros lo odiamos un tiempo por lo cruel que fue con los dos, pobres niños, en aquella barca. Pero al final se lo perdonamos.

En cuanto a él, Olin Griffin debió emborracharse de lo lindo esa noche. Una merluza de gran tamaño.

Para menesteres borracheriles, las autoridades dispensaban a los extranjeros que lo solicitaran, y no sé si también a los indígenas que lo requirieran, unos vales o cupones de racionamiento de unas tres botellas de licor destilado al mes, entre las que se contaba el licor nacional llamado *arak*, que aventajaba muchísimo en precio, y tal vez también en grados, a los de importación. A lo mejor hasta te dejaban comprar una botella más. Yo de esas cosas no entendía, pero el padre terminaba el mes a base de *toddy*, que se podía adquirir en

cantidades ilimitadas. Opinaba que aquel líquido lechoso estaba decididamente asqueroso de sabor, pero no por eso dejaba de consumirlo. Obviamente cumplía su misión. Por las calles cercanas al mercado veíamos cómo se producía este brebaje de arroz fermentado, en grandes bidones, el burbujeante líquido blancuzco rezumando vapores ponzoñosos, totalmente cubierto de abejas muertas, y un pestazo de no te menees. No, gracias, prefiero la gaseosa picante.

El tabaco. Mi padre, razonando que prefería que no fuéramos haciendo cosas a sus espaldas, y sabiendo que fumábamos, nos racionaba el número de cigarrillos. Algún límite había que tener. Pronto descubriríamos que, como alternativa a las cajetillas del horrible tabaco local, existían unos paquetitos en forma de pirámide trunca que contenían diez puritos pequeñísimos, más horribles todavía en cuanto al gusto que los cigarrillos hechos con papel, pero a una fracción del coste. Así que alternábamos ambas modalidades de fumeteo, calculando que cada uno de aquellos “petardos” contaría por medio pitillo blanco, atendiendo al bajo precio, y así podíamos duplicar el número permitido. Se los mostramos al padre y él opinó que eran de betel, la misma sustancia que mascaban los locales. Era cierto que al desliarlos no parecía tabaco, pues ni siquiera venía en hebras, sino taquitos. Pero de efectos raros, nada. Y desde luego no te hacía sangrar la boca, reacción probablemente provocada por la hoja o el potingue blanco de aquella otra golosina. Moraleja, mejor no fumar nada en la India.

Teníamos dos criadas que nos hacían prácticamente de todo menos quitarnos los *gekkos* de las paredes, pues éstos salían preferentemente de noche. Además, como ya indiqué, a los animales no había que tocarlos. Lagartijillas —salamanquesas esferodáctilas— que cambiaban de color con su entorno y cuyos dedos tenían succionadores con los que podían pasear por el techo como si tal cosa. A mí me encantaban y entretenían y seguro que constituían el más feroz enemigo de los infinitos mosquitos. A María ya no le atraía tanto eso de tener bichejos, y encima *reptiles*, paseándose tan campantes por su dormitorio, la

verdad se dicha, y menos de noche.

Las comidas no demasiado picantes, por Nena. Para saciar los paladares de los demás ya teníamos acumulados un par de docenas de diferentes curries. Freían, en *ghee* (que parece ser que es una refinada mantequilla, pero que no sabe a mantequilla, que yo recuerde) supercaliente, unas finas tortas de pasta con cúrcuma que salían hechas pura burbuja crujiente y estaban exquisitas. Ese era nuestro pan, para desolación de María, que no podía vivir sin su pan español diario. ¡Cuánto diera ella por un chusco! No, el *Pater Noster* no se gestó en la India desde luego, por mucho que algunos exegetas mixtificadores pretendan que creamos. De vez en cuando mi padre o ella conseguían hallar como por milagro pan del tipo “Bimbo” en alguna tienda de ultramarinos, y tenían que pagar un ojo de la cara por él.

La ropa: eso era cosa de ver. El método indígena de lavar la ropa era empapar y enjabonar la prenda, y volteando todo el cuerpo, golpearla contra una piedra colocada a tal propósito, una, y otra, y otra vez; luego agarraban por otro lado y toma castaña. María salía y decía no, no... así, así, haciendo ademán de restregar con los nudillos, a la española. Las doncellas le seguían la corriente hasta que ella salía de su ángulo de visión, y volvían a las palizas. Todos nuestros botones de plástico o hueso hubieron de ser reemplazados por bolitas de hilo.

Una de las jóvenes criadas era más alta, robusta y ancha de hombros que la mayoría de las mujeres hindúes, y por lo visto no fea. Al padre, que no me extrañaría que estuviera leyendo el *Kama Sutra* por aquellos días, es posible que soñara con poner en práctica alguna de las posturas descritas, y cómo no, con una hindú auténtica, que disponen de los huesos, músculos y tendones adecuados y necesarios al propósito, y se le ocurriría hacer algún avance deshonesto. Tal vez. Incluso puede que fuera cogido *in flagrante delicto*, aunque desconozco las profundidades del asunto, que no debieron ser excesivas, pero sí lo suficientemente agravantes para que Nena decidiera que había que hacer algo al respecto, como armar la de Troya. Eso fue al menos lo que los follones subsiguientes me dieron a

entender, que se lió a grito pelado la chacha, igualito que su madre en la calle Duimovich. Despedida la doncella, se nos plantó ante la casa el maromo, o maromillo: un hombre chiquitín que pesaría la mitad que la mujer, navaja en mano, exigiendo reparadoras rupias. Mi padre salió, oídos sordos a las amonestaciones, y empleó el truco del oso, y hasta un sopapo de regalo creo que se llevó el indio. Fin de la historia.

Un buen día un empleado especial de correos nos trajo una mala noticia: se nos denegaba la extensión del visado de residencia en el país.

La teoría que desarrolló mi padre al respecto tenía envergadura filosófica:

—Los funcionarios tienen días buenos y días malos, según con cuál pie se levantan de la cama, cómo les fue la noche anterior, y cómo les ha sentado el desayuno. Este funcionario en particular lo tuvo malo y firmó denegando.

Yo propongo otra hipótesis de trabajo, y es que un americano entra en una de una larga hilera de orfebrerías, se saca un brazalete, de diez o doce centímetros de ancho, de oro de dieciocho quilates. El primer comerciante roza con su piedra pómez la línea de la soldadura, aplica su cristalito untado en agua regia a la piedra, y declara, —La soldadura tiene oro de catorce quilates. En la casa de al lado le dicen, —Tiene una fea mueca aquí, en la soldadura. El propietario de la tercera tienda ha visto que las dos primeras no le han comprado la pieza y piensa que hay gato encerrado. Total, que el brazalete es vendido en la tienda número cuatro o cinco, o seis; una cuyo dueño por fin se ha dado cuenta de que los otros han subestimado al señor americano, a quien le fastidia tener que regatear, ofreciendo miserablemente poco por si picaba. Y al día siguiente asoman *tres* brazaletes y dos pares de binoculares, pero el canalla del forastero ya ni siquiera se digna a acercarse a las tiendas 1, 2 y 3. —¡Esto no queda así, por mi padre el Príncipe de la Parrapanda! —jurará algún orfebre al que mi *Daddy* había dejado colgado.

A comisaría hubimos de ir, pues, a averiguar qué pasaba y a quejarnos y a ver qué se podía hacer.

El comisario, engurruñando los ojos, analiza, escudriña mil veces la foto del pasaporte de María, comparándola con la persona que tiene delante. Da vueltas y más vueltas a este pasaporte de un lugar extraño —acaso hipotético— que se llama España, y observa suspicaz y con infinito desdén a María. Esto es Kerala, mucho ojo.

—Esta señora, que usted afirma que es su esposa, es india —dictamina el comisario, mirando acusadoramente al *pater familiae*. El comisario, y un avisado subalterno, el experto en lenguas, intentan desenmascararla y conseguir que se delate. La alancean a preguntas e improperios en todos los idiomas y dialectos que son capaces de silabear, o recordar siquiera que existan. Ella, que de hecho debía saber más palabras locales que inglesas, responde como puede, mayormente en español, pero insertando los pocos étimos que conoce y que considera comunicables. Esto no hace sino confirmar las sospechas del comisario. Así que venga idiomas, venga dialectos... tenaz insistencia, subida del tono de voz, gritos, ella defendiéndose al estilo *Cuevas de Moví*, mi padre perdida el habla y nosotros de piedra. Parecía eso una reunión de Pentecostales. Con sus cabreos y aspavientos, Mr. Olin tampoco contribuyó a apaciguar los ánimos de las autoridades ni los humos de su esposa. Y si en algún momento Percy o yo no pudimos refrenar alguna risita entrecortada, no era para sorprenderse.

Viajamos a Tiruchiráppalli —pido perdón por quitarle una “ch”, que mi atlas español presentaba duplicada también, pero a mí me pareció excesiva—, que tenía aeropuerto. Poseía también, ¡ah, India!, multitud de templos sagrados. Era la Ciudad Santa del sur de la India, si es que no dicen lo mismo de todas. Visitas exóticas, normalmente al *sanctum*, pero no al *sanctorum*, de la veneración.

Una industria singular se nos hizo patente aquí, que no habíamos notado antes. Las vacas, como bien sabéis, se pasan el todo el santo día tumbadas beatíficamente en la plazas públicas. Pues el caso es que notamos cómo acudía a la plaza una vieja con un enorme saco. Saco ella de huesos, con una teta seca al aire, y un saco en la mano para el estiércol. Espanta

a las vacas, que, remolonas, a “rumiañadientes” se levantan, mú-múan, y se largan a la pata la llana a la siguiente estación o plazoleta. Entonces ella procede a recoger los no tan santos depósitos en su saco. Rico metano para cocinar. Estas plastas tienen ya por naturaleza forma de plato invertido. Imaginad la estampa: Casitas blancas, como las fachadas del Sacromonte o de Purullena, junto a Guadix, o algunas de la Chanca almeriense, pero que en lugar de cerámica y cobre, son plastas de vaca secándose al sol las que las adornan y dan la color.

En el aeropuerto nos niegan los pasajes de partida por faltarnos el sello de legalidad de nuestra residencia. Indagadas las autoridades, resulta que ni podíamos quedarnos ni podíamos salir del país. ¡País!

¡Pensar que los españoles temen a su burocracia! (Para lo cual inventaron las gestorías).

Vuelta a Ernákulam y a nuestro amigo el comisario. Se tramita un permiso-orden de salida, plazo límite: un mes. Se nos asignó, como fuimos comprobando, un par de espías o policías de paisano para que nos vigilaran. Mi padre se entusiasmó con el juegucito. Subidas repentinas a autobuses para apearnos luego en el último momento, taxis, carrerillas, portales, establecimientos con puerta trasera... tácticas evasivas de toda índole. María un tanto amedrentada y nosotros brincando entre chistes y sustos, teniendo que estar al salto de las espontaneidades paternas. Pobrecitos, los que nos seguían. Sentados al almuerzo de *biriani* (arroz con pollo), en nuestro restaurante favorito, pues era de los poquísimos no estrictamente vegetarianos en un amplio radio, se levanta O. G., y señalando con el brazo extendido cuatro casetillas-mesa más abajo, cerca de la puerta, grita a pleno pulmón:

—*Look at the spies, look at them, they're spies!* (¡Mirad a los espías, miradlos, son espías!). Mi hermano y yo de un vivo color rojo. Nena ídem, pero tirando a vinagre de tinto. Mirando atrás, se me antoja mi padre émulo de Donald Sutherland al final de *Invasion of the Body Snatchers* (los famosos *ultracuerpos*, que eran unos *vainas*), excepto que la imitación debió ser al revés, habiendo sucedido lo nuestro en fechas mucho más tempranas.

—Dos barcos zarpan dentro del plazo que nos han dado. Uno a Australia, el otro a Nápoles. ¿Cuál tomamos?

—¡Nápoles, Nápoles! —sabíamos que eso significaba volver a España, a nuestros amigos y lugares favoritos. Australia, aunque prometía aventuras, no se lo hicimos ver así a Nena. O mejor sí: pura y dura aventura y ovejas y bichos raros como canguros y cocodrilos gigantes y serpientes más venenosas que aquí, casi. Y aborígenes. Y que estaba en dirección diametralmente opuesta a su tierra. Y después de la India vete tú a saber dónde se le metía al padre llevarnos...

Nápoles fue. Pero de lo que no se había percatado María, que por cierto nos lo llamamos, es que Australia estaba a medio camino de San Francisco, California, su América soñada. Qué crueles fuimos y cómo lamentó ella con el paso del tiempo y los hechos que acaecieron no haber escogido Australia.

Personalmente estoy convencido, sin embargo, de que O. G. se habría negado a poner el pie de nuevo en territorio U.S.A. ¡Ni loco!

Habían pasado nueve meses desde que desembarcamos en Bombay.

Una última meditación: No todo lo que es oro reluce.

Capítulo 8. Italia

[TEXTOS VIII]

La Iglesia Católica en esencia aconseja quedarse en casa tranquilo y dedicarse sólo a aquello que es teóricamente posible y aceptable. Que uno no puede hacer lo imposible, así que por qué no conformarse con disfrutar con lo que hay. Si intentas sobrepasarte lo único que consigues es hundirte más en tus desdichas. ¿A qué aspirar a la luna? [...]

Con el jaleo que se está armando denunciando el confort y las villanías del consumismo, los hijitos de papá forrados de pasta huyendo en estampida a África o Afganistán, o simplemente revirtiendo atávicamente a un estatus de santidad medieval plena de pulgas sin moverse de sus asépticas patrias; se me hace poco original citar el ascetismo como uno de los más constantes, naturales y predominantes rasgos recurrentes del hombre. Existen dos variedades principales del producto, un ascetismo activo, positivo, para el cuero cabelludo seco, y una variedad más suave, de sustracción, para el graso. Ambas son eficaces, fiables, y muy populares. En nuestros viajes hemos visto que las penitencias a cumplir y los bienes sacrificados varían de un clima a otro, pero todos los hombres son ascetas convencidos, e incluso [lo son] algunas mujeres. Ningún médico podría mantener su negocio recetando hachís, vinos y cigarros puros, helados, danzas eróticas y sexo, comidas ricas y especiosas. No, hay que renunciar a todo lo que nos gusta, e ingerir y hacer lo que menos nos apetece.

[...] La antigua Iglesia, antes de escindirse del protestantismo, se equivocó en muchas áreas, Si les parece absurdo a aquellos que no saben nada del asunto sugerir que ella se resquebrajó yendo *en contra* de las escarpadas costas del ascetismo, que su más serio error fue no permitir que hubiese más, sólo puedo responder que así fue. Savonarola fue uno de una larga estirpe de protestantes prematuros, denunciando la licenciosidad, predicando austeridad y severidad. Lo quemaron. Lutero se opuso a más de una forma de indulgencia, como hacen sus fieles seguidores actuales. La doctrina antigua era que todos

debíamos esforzarnos por disfrutar de esta vida, y ser patriotas del universo.

* * * * *

Mesina, ciudad que asciende por la ladera del monte, a lo almeriense. Aires de Mediterráneo occidental, latinos, chamullar algo inteligible, verborrea agitada, florida, altamente cantarina, incansable. Viudas de negro, curas en sotana y monjas. Murallas acribilladas por balas y metralla de mortero en la Segunda Gran Guerra. Un parque de palmeras frente al puerto y algo que parece castillo en lo alto. ¡Pero si es gemela de Almería la ciudad! Al menos así nos lo pareció desde la cubierta del *Trieste Triestino*, el navío que nos había devuelto a nuestra querida Europa. A Palermo no tuvimos ocasión de ir. Tampoco George C. Scott tuvo que hacerlo para su película *Patton*, como recordarán los almerienses de mi edad, y se darán cuenta los más jóvenes nada más ver el filme. ¡Cuántos tanques pudieron verse por Almería!

El golfo de Nápoles, uno de los más bellos del mundo. El Vesubio humeante, a la derecha, mientras nos acercábamos a la ciudad *dei belli canzoni*. Hablar napolitano, único e insustituible, ropa tendida a secar entre los edificios sobre las estrechas calles laterales, donde indefectiblemente dan los balcones de los cuartos de las pensiones. Las criadas de habitación cantando de continuo aires enamorados. Sol. Muchísimo sol. Miles de ruinas y museos. Tres meses de ellos, por toda Italia. Vi bustos romanos para llenar una enciclopedia. Columnas, capiteles jónicos, dóricos, corintios... ¡Socorro!

Pompeya y Herculano de lo mejor: fantástico, y sí: retratos pintados en los muros de las antiguas casas y villas romanas, lo mío. El nacimiento del arte del retrato ante mis propios ojos.

Un viajecito en ferry a la isla de Capri. Una vez allí unas pequeñas embarcaciones con motor fuera borda nos transportaron dentro de una enorme gruta al que sólo se podía acceder

por mar. El sol entraba a través del agua, iluminándolo todo de un azul clarísimo, increíble, con irisaciones espectrales en las quebradas paredes de la gruta, luz azul que nos lanzaba el líquido suelo al bailar. Nos relataron cómo Calígula, que había aprendido de Tiberio todos los secretos del lugar, gustaba de gozar de la recóndita caverna viendo arrojar esclavos a sus aguas para ser devorados por los tiburones atraídos a tal fin... *Fine di racconto*.

Playas al sol, la vida padre, y los *spaghetti al burro*. Me hacía mucha gracia que llamaran burro a la mantequilla, “*e molto formaggio Parmigliano*”. Mi hermano y yo comíamos y cenábamos todos los días lo mismo, incansables, ¡burro, burro!, o a veces —la excepción confirma la regla —, unos canelloni con salsa bechamel y bien gratinados, mmmh; pero pizzas y rollazos de esos... para el padre. Nada de salsa de tomate, que donde se ponga “un buen burro...”, que se quiten pamplinas tomateras. —¿Y no os hartáis? — preguntaba circunspecto mi padre. —¡No te preocupes, que están de rechupete!— Aún no me explico, ya que hablamos de mantequilla, cómo es que los españoles no han descubierto, cuando van al cine, las palomitas —los *tostones*— bien rociadas de ese áureo elixir. En cuanto a Nena, decía ella que eso de la pizza era como si en vez de comer tu comida con pan, tal y como se ha hecho de toda la vida, vas y le vuelcas la comida encima. Viendo ella que casi la entendían en el habla, y harta ya de pasta a todo pasto, llamó al camarero y dijo —*Per favore, io voglio* (o “quiero”, o “quero”) *comida*, “*COMIDA*”.

—*Ma non capisco; questo è “comida”, buona “comida”* —le respondían. ¿Y qué leches comerían los italianos antes de que Colón trajera el tomate y Marco Polo los fideos? Berzas, supongo, y nabos. Igual que los españoles.

No sé si algún minestrone le llegó a satisfacer, con tanto orégano, albahaca y queso rallado. No le gustaron los quesos:

—¡A las comidas no se les pone queso! ¡A quién se le ocurre! De postre pase, pero ¿dentro de una sopa de fideos? Están chalaos.

Los embutidos italianos tampoco la terminaron de convencer, después de su primer y

emocionado primer contacto con esos *salami, pepperoni, bologna, pastrami y prosciutto*. De todas formas no formaban parte de los típicos menús de los restaurantes, como no fuera encima de la humeante pizza, y así ya no era lo mismo. Nosotros nunca comíamos “a lo bocata”, no señor: sentaditos a una buena mesa, como mandan los cánones para cualquier familia que se precie.

De habichuelas, lentejas o garbanzos, que es lo que María entendía por comida, nada. Sólo pasta. Lo más cercano a lo español eran los macarrones, aunque por desgracia éstos eran demasiado auténticos.

Hace poco declaró la Mami que nos habíamos tirado 3 años en la India. Cá, Mami, cá. Bueno... dos hala. Pero ahora que lo pienso, no me extrañaría que para su psique sumaran realmente 3 años. ¡Qué de traumas, Dios mío, por esos mundos!

Cuando llegamos a Roma, donde paramos más de un mes, Olin Griffin tuvo necesidad de comprar unos zapatos. Desconozco si los que tenía, que serían indios, se le cayeron a pedazos, o que se le colaría uno por una catacumba, o qué, pero ahí está el hecho. ¡Y qué precios, Ángeles María Jesús y José! Adquirió los únicos que consideró dignos de pagar un buen fajo de billetes por ellos, *duecento mille lire* o algo así, pues cualquier pirulí te andaba por los miles, y claro, los zapatos le salieron rana. Ofendido en lo más íntimo por la jeta de los italianos al pretender cobrar precios tan desorbitados por un miserable par de zapatos, resolvió andar descalzo, para supremo desconsuelo de María, hasta que no pisáramos territorio español. El turista descalzo. Qué miradas, y qué gracia, nuestro padre. Nena siempre con que al hombre “se le ha metido” esto o aquello, y “Ay, Dios mío, a mí se me cae la cara de vergüenza”.

—Pero cariño, descalzo... ¡en *un* Roma!

—Es bueno para los pies.

A lo mejor O. G. había aprendido algo en la India después de todo.

El Coliseo no os lo perdáis, ni el Vaticano. Incluso si vuestro destino de viaje es

Florenia como con frecuencia ocurre. Roma hay que visitarla. Palabra de honor, y cuanto más joven seas cuando vayas, mejor. Ningún documental, ninguna cosa contada, puede reproducir los sentimientos ante tal grandeza, tal magnitud.

El padre se compró un Alfa Romeo blanco de cuarta o quinta mano, si bien le dijeron que era de segunda. Aún conservaba su viejo carné de conducir de Minnesota hecho trizas, una auténtica estampa. Espero que le vendieran el coche a buen precio a ese cliente descalzo. *Povero uomo.*

En Roma Percy y yo descubrimos una excitante fuente de diversión en un salón de máquinas de jugar. Esto era mucho antes de la implantación de las máquinas tragaperras en España: ¿Os podéis imaginar una España sin ellas... a que no? Lo que acaparó nuestra atención fue una máquina que a veces, nunca supe ni por qué ni cuándo —en vano trató Percy de explicármelo— devolvía premios en metálico. Yo aún estoy convencido de que era más emocionante no tener la más remota idea del motivo de que cayeran las monedas. A pesar de que al final la máquina nos desplumaba, nos recordaba a aquellos días en los cerros de Almería cuando jugábamos a los montones con los amiguitos y los gitanos, o cuando jugábamos al póquer en familia, fascinante juego cuyas reglas aprendimos muy temprano en la vida, como si en ello nos fuera la existencia misma.

Una semana en Florenia y vimos TODO, insisto: TODO lo que había que ver, y que no era poco... ¡Ufff! Si volviera, dudo mucho que lo pudiera hacer de nuevo. Una cosa estaba garantizada en cada museo que ibas: bustos, bustos, bustos... después de Roma y de Nápoles ya empezabas a desvariar. Incluso si algunos no eran del tiempo de los romanos, sino renacentistas. Y también había estatuas de cuerpo entero: el David de Miguel Ángel, el Perseo de Cellini... El Niño de la Espina, romano, no recuerdo si estaba allí o en Roma, pero donde sí está grabado y de por vida es en mi mente.

Pisa y subida a la torre inclinada. Dicen que ahora tienen que buscarse algo mejor que balates para sostenerla. Entonces no lo sostenían ni balates ni nada. La plaza entera ofrecía

aires de tiempos lejanos y más hermosos que los actuales, renacimiento y gótico, pero sobre todo románico, todo perfectamente en su sitio, claridad impecable, y mis ojos doceaños empapándolo todo. Nuestro padre, como he dicho, era un turista de toma y daca para las cosas de la cultura. No sé por quién lo hacía, por él mismo o por educación de los otros tres miembros de la viajera familia Waldenstone. Un americano en Italia, supongo, a lo Chevy Chase. Yo no habría podido hacerlo, hasta ese extremo, por nada ni por nadie.

El auto nos facilitaba el movimiento libre para descubrir tesoros pueblerinos medievales que raramente aparecen en las guías turísticas corrientes, al menos en las baratas. Italia hay que verla con locomoción propia, y evitar a toda costa la *autostrada*, y si llevan billete de retorno con fecha fija han echado a perder la mitad del viaje. ¡No: las tres cuartas partes!

Venecia y dejar el coche en tierra firme y olvidarse de él. Venecia es todo lo que se dice de ella y más. Claro que no era yo el que pagaba. María en la gloria, ¡oh, Venecia! ¡Qué romántico! *Piazza di San Marco*, góndolas y barcobús y puentes antiguos sobre las acuáticas calles, todo había que verlo y hacerlo, pues las experiencias tienen tendencia a no repetirse. No te compres una planta baja a menos que seas un cangrejo. No son los polos ni los humanos los culpables de esto, me dicen, o mínimamente; es que Italia, como España, se está volcando poco a poco hacia el levante. Génova y Lisboa incluso le ganan terreno al mar. Eso dicen, que estamos todos volcados, y encima, a la deriva.

Milán, nada. Génova, poco y fea, una zona malísima a la entrada, de humo de fábricas. ¿Conocen Bilbao? Pues ya se harán a la idea. Si he ofendido alguna sensibilidad, rectifico: el Bilbao de los años sesenta. Si Colón lo hubiese sabido seguro que se quedaba en casa para evitar que se la echaran a perder.

La *Côte d'Azur* la atravesamos zumbando. Me extraña, mirando atrás, que no se detuviera el padre en Mónaco a probar suerte en el casino. Los porcentajes están un poco más a favor del cliente en Europa que en EE.UU. Por ejemplo las ruletas allá tienen el “0” y el “00” y aquí sólo el “0”, pagándose 36 a 1 al ganador de número en ambos sitios. El caso

es que le encantaba apostar, y al menos tres veces fuimos a Lisboa, donde él se convertía en cliente asiduo del casino de Estoril. Pero en esta ocasión, o teníamos todos prisa por pisar territorio español, o a lo mejor no le dejaron entrar descalzo. ¡Ah, ya: Tieso! Seguro que íbamos tiesos de dinero y le esperaba el cheque del banquero en Almería. Entre fronteras seguro que se pondría los dolorosos zapatos mal comprados, si no los había tirado ya del disgusto. Aunque no creo. O. G. nunca tiraba nada. De todas formas todo estaba demasiado caro, y abundantes ocasiones habría de visitar Francia en el futuro. Finalmente, que en Mónaco no había más que chusma y esnobismo, en su opinión.

Lo curioso de la entrada en España es que fue por Andorra, principado que acaso Olin tenía ganas de visitar. O tal vez pensó que por la costa corría más riesgo de tener que pagar un impuesto de importación por el vetusto Alfa Romeo, o por el marfil en forma de estatuillas indias que llevábamos. Exclamó el Guardia Civil de fronteras español:

—Un señor americano, sus dos niños, americanos; su esposa, española; y el coche, italiano. ¡¿Coño, esto qué es?!

Estábamos en casa, sí señor. Aunque aún nos quedaba tocar fondo.

Aldeas pirenaicas catalanas en piedra granítica, Caldas de tal y de cual, la Seo d'Urgel, iglesias románicas. El Pantocrátor y toda la pesca. Vírgenes paleogóticas, capiteles con figuras humanas esculpidas de la roca.

Barcelona. Del maletero del coche nos robaron algunos de los más preciosos recuerdos de la India, figuras magníficas en marfil, como ya apunté, incluido un sátiro y gordiflón buda, con base de ébano. Dejamos esta ciudad literalmente pitando y echando malos humos. Ahora que lo pienso, a partir de esa época mi padre hacía todo lo humanamente posible en nuestros viajes por evitar Barcelona. A lo mejor es que nunca tuvimos un coche del que pudiera fiarse totalmente, pero yo creo que le tomó tirria.

Una tirria que yo en absoluto comparto. Fui estudiante ahí, en la Universidad Central, durante los últimos días de Franco. Una pasada. Llena de un colorido local en que resaltaban

en especial *los grises*. Por eso, y porque fue la primera ciudad española en abrirme los brazos, yo la quiero mucho.

Tarragona, Valencia, fún, fún, fún... ¡Almería!